



Siruela



Georgi Márkov

RETRATO DE MI DOBLE

Traducción del búlgaro de
Viktoria Leftérova y Enrique Gil-Delgado

 Siruela

Libros del Tiempo

Edición en formato digital: febrero de 2020

The translation of this work was supported
by a grant from the Goethe-Institut



Título original: **ПОРТРЕТЪТ НА МОЯ ДВОЙНИК**

En cubierta: ilustraciones de MMphotos / Alamy Stock Photo
y de Antonin Vodak / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

Originally published by Bulgarski Pisatel, Sofia 1966

© Annabel Markova

© De la traducción, Viktoria Leftérova y Enrique Gil-Delgado

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18245-02-2

Conversión a formato digital: María Beloso

El juego es más perfecto que la vida

Empieza la partida. Ocupamos nuestros puestos según el valor de las cartas que hemos sacado. Ahora estoy tranquilo porque el primer truco funcionó bien y El-de-la-Derecha y yo conseguimos justo los sitios que necesitábamos. A decir verdad, le dimos un empujoncito al destino de tanto ensayar este momento. Yo cortaré su baraja; condición primera para asestar nuestro golpe. Por supuesto, nuestro plan contemplaba también otras variantes, pero acertamos con la más favorable. Los otros dos observaban atentamente el reparto de cartas que determinaría los puestos, pero, tal como dijo El-de-la-Derecha, «Estaban con la mosca tras la oreja».

El ambiente es el habitual. Ese cuartucho de la quinta planta cuenta con su propia entrada independiente, y allí se puede jugar a las cartas o también se pueden traer mujeres. Hay una cama, cuatro butacas, una mesita baja, una radio y un mueble-bar donde el anfitrión —El-de-la-Derecha— almacena media docena de bebidas de importación. No son para nosotros, sino para las chicas que suben hasta la quinta planta y llaman al timbre de una manera determinada. A ello hay que añadir tres lámparas y algunos ceniceros. Mientras jugamos, las lámparas permanecen siempre encendidas. Al principio me sorprendía la luz tan intensa. Con el tiempo, le encontraría sentido: la luz incide de tal forma sobre la superficie de las cartas repartidas que permite, al observarlas con detenimiento, detectar ciertos arañazos imperceptibles a simple vista. Por aquel entonces yo no sabía que algunas cartas siempre estaban marcadas. ¿Y ahora? ¡Bueno...! Ahora podría largar toda una conferencia sobre sistemas para marcar cartas. La forma en que son marcadas revela el carácter y la destreza del jugador desconocido. O, como suele decir El-de-la-Derecha: «¡Dejémosle presentar su currículum!».

Tenemos una norma inquebrantable: nunca jugar con más de un jugador desconocido ni ante espectadores. En general, tenemos un montón de reglas que dificultan de manera muy considerable cualquier intento de sacarnos la pasta. Son ventajas de las largas noches que hemos pasado en este cuartucho.

Son las once. Jugaremos hasta las cuatro con opción a una ronda de consolación para el perdedor. Es decir, hasta las cuatro y media. Mañana es domingo, así que no hay que madrugar. Presiento que va a ser el domingo más dulce de mi vida. Me gusta exagerar. Para mí los conceptos solo existen si están en grado superlativo o por encima de él. Ello se debe a mi absurdo anhelo de conseguir algo que nadie jamás haya logrado y así sentirme especial.

Las partidas importantes tienen lugar siempre en vísperas de festivo, por la noche. Según dice mi socio, un ánimo festivo estimula la frivolidad de la gente predisponiéndola a soltar más pasta que en otras ocasiones. Nos encanta esa generosidad de los sábados; forma parte de nuestros planes junto con el cálculo del instante preciso en que sobreviene el cansancio.

Daremos nuestro golpe a las tres y media. Hasta ese momento todo serán meros preparativos. Los papeles están asignados, llevamos estudiándolos quince días, habremos hecho cien ensayos; lo hemos pulido todo hasta el último detalle para machacar a ese cabrón de una vez por todas.

El Hiena. Suele sentarse justo frente a mí. Es uno de los jugadores de póquer más destacados de mi época. En la literatura pueden hallarse descripciones de toda clase de jugadores: ingeniosos, fuertes, nobles, trágicos. El Hiena es una especie aparte. Él es simplemente repugnante. Tiene algo de pegajoso, con esos diminutos ojos grises que solo adoptan dos expresiones: de insolencia o de suspicacia. Siempre al acecho. Lo más asqueroso son sus dedos. No puede haber otros dedos iguales en toda Bulgaria: enclenques, totalmente afeminados, con yemas agudas y unas uñitas ridículas. Se mueven como tentáculos carentes de hueso. Tiene la manía de moverlos todo el tiempo, como un titiritero o un violinista que tratara de mejorar su técnica. Siempre me ha fascinado su asombrosa agilidad. En un abrir y cerrar de ojos, ya te la ha jugado. Qué diferentes son los dedos de El-de-la-Derecha. Él tiene manos de músico, con recias muñecas viriles y largos y refinados dedos. Da gusto verle repartir las cartas; claro que, si uno no presta la debida atención, ese gusto se tornará sin duda en disgusto. Mientras que el Hiena se guía por un mecanismo simple y racional, El-de-la-Derecha —mi socio por esta noche— lo hace todo con arte. Sus dedos no se mueven con agilidad, sino con destreza. No roba; más bien hechiza...

Antes del primer reparto —por pura costumbre—, se pregunta si ha habido cambios en el reglamento. Aquí todo debe quedar bien claro; las reglas deben ser transparentes como el agua para evitarnos incidentes desagradables. Algunos capullos nos toman por unos novatos que renegarían de sus principios por cien míseras levas. Cuando está en juego nuestra palabra, nos comportamos como auténticos caballeros, o como suele decir El-de-la-Derecha: «La fachada debe estar siempre limpia y ser afable». Por cierto, él luce siempre una perenne sonrisa. No conozco nada más afable que su cara.

La ficha, como siempre, cuesta una leva. Algunas cuadrillas se asombran de que juguemos tan fuerte, porque apostamos un mínimo de diez levas en cada mano. Si todos entran, en el bote se juntan no menos de cincuenta levas. Y, mientras que los de las demás cuadrillas dicen que juegan simplemente por placer o para matar el rato, o que participar es más importante que ganar, nosotros —ante tales afirmaciones— nos limitamos a mirarlos con desprecio. Yo soy el rey del desprecio; y mientras El-de-la-Derecha no para de repetir nuestro lema favorito: «Nosotros jugamos para sentirnos realizados». ¡Dios santo, qué bien lo ha expresado! Aunque no estés del todo seguro de que esa sea la razón precisa por la que juegas, la frase te cautiva.

Empezamos. Me toca repartir. Es un momento crucial. El-de-la-Derecha y yo intercambiamos miradas, el Hiena las intercepta, bien atento al reparto. El muy cateto sabe que puedo hacer algunos bonitos trucos con los pulgares, pero en esta ocasión no es calderilla lo que me estoy jugando, ¡así caiga yo muerto si intento alguna jugarreta!

¡Suerte!

Eso me transmite la mirada afectuosa de El-de-la-Derecha, con las gafas empañadas de afecto. ¿Estará dudando de mí? ¿Se temerá que mis nervios no aguanten o que cometa alguna estupidez que arruine su ingenioso plan? Le devuelvo la sonrisa. Probablemente, mi mueca recuerde a un perro enseñando los dientes.

Lo cierto es que estoy nervioso. Es la primera vez que participo en una estafa organizada. Quiero decir en el póquer; por otra parte, sí que he hecho algún chanchullo, pero, aun así, resulta difícil determinar si era una estafa o no. Sentí una emoción parecida cuando publicaron aquel artículo mío sobre Draga, una operaria de máquina troqueladora. Aquel reportaje supuso el comienzo de mi carrera y tal vez también marcó el inicio de mi audacia de estafador. Hasta aquel momento había vivido de manera un tanto primitiva, encontrándome infinidad de veces en estados de ánimo ingenuos y simples, algo muy bochornoso. Mi jefe me abrió los ojos. Me parece estarle aún oyendo decir: «Ten esto bien claro: lo que hayas visto no importa en absoluto; lo verdaderamente importante es lo que necesitas ver».

Esos han sido mis dos maestros en la vida: el Jefe y El-de-la-Derecha, dado que soy periodista y jugador de póquer, un fenómeno del todo atípico en estos tiempos. Según dicen, tengo talento para lo uno y para lo otro. Desconozco exactamente cómo se distribuyen en mí dichos talentos, pues con frecuencia he confundido el uno con el otro y aún más a menudo los he combinado. De modo que por entonces escribía artículos sobre las vidas de la gente eligiendo siempre temas desagradables. Protestaba siempre contra las injusticias, luchaba por la verdad —principalmente contra los que mandan— y me encantaba sacar las uñas. Resultaba de lo más emocionante cuando de repente (en un lugar público) mi conciencia cívica se disparaba como el chorro de una manguera de bomberos, mi voz retumbaba por dentro y por fuera y mi siguiente frase podría haber sido: «¡A las barricadas!». Aquellos artículos casi nunca llegaban ni a publicarse y muy a menudo los retiraban del número en el último momento... En resumen, aquello era una pura desgracia. Mi jefe me abrió los ojos, tras lo cual escribí mi notable artículo «La hazaña de Draga». Ella trabajaba en la troqueladora de una fábrica metalúrgica. Era una operaria increíble, capaz de realizar veinticuatro mil perforaciones en ocho horas, siendo cuatro mil lo habitual, es decir, todo un récord mundial. Me planté frente a ella, observando horrorizado cómo aquella mujer movía sus manos a un ritmo imparable, viendo cómo su actividad superaba el número de circo más elaborado en el que ni siquiera todos los malabaristas del mundo juntos le llegarían a la suela de los zapatos. Contemplaba su cara casi pétrea preguntándome qué quedaría de humano en ella puesto que trabajaba como un motor eléctrico.

Los otros operarios me contaron que Draga engendraba niños muertos, que se le fue la cabeza, que estuvo ingresada en distintos hospitales y que, desde entonces, tenía esa mirada vidriosa y aquellos movimientos totalmente mecanizados. También me contaron que ella ni se enteraba de cuándo terminaba la jornada laboral y que tenían que desconectar el motor de la troqueladora para que entendiera que debía marcharse a casa. La vi cuando salió de la fábrica; parecía completamente ida. Fue entonces cuando escribí mi primer artículo sobre ella, artículo en el que intenté plasmar la tragedia de aquella mujer y su terrible soledad. Entonces tuve una conversación con el Jefe. Al principio de dicha conversación le grité que aquello era la vida real, que yo no podía edulcorarla, que yo era un hombre honesto sin miedo a las consecuencias y que prefería morirme de hambre antes que mentir. Hablé sin tapujos, convencido de todo cuanto le dije. Él se pasó todo el rato observándome con una sonrisa tranquila. Ahora que caigo, su sonrisa es idéntica a la de El-de-la-Derecha. ¡Anda! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Pensé que estaba burlándose de mí y le solté unas cuantas lindezas más. Él seguía tranquilo. Me quedé desconcertado. Pues

bien, ahí reside la esencia de mi carácter, en que me rindo con demasiada facilidad. En el preciso momento en que me quedé desconcertado, ya intuí lo que haría. Un instante después ya buscaba su aprobación de forma desesperada, quería seguirle a todas partes y demostrarle mi devoción. Me cuesta explicarme cómo suceden esas cosas; tal vez fuese un caso puramente patológico, pero yo quería servirle. Aunque más adelante, mientras le servía con dedicación absoluta... a la vez me burlaba de él. Pero esa es otra historia. Él me explicó en pocas palabras lo que era necesario ver. Me miraba de manera amistosa, casi regocijándose con la sinceridad de mi conciencia cívica.

Me sentí ridículo en aquella pose mía, tan heroica. Me vi a mí mismo como un estudiante patético, un llorica romántico intentando conquistar el mundo a base de melodrama e idealismo absurdo. Todavía me sonrojo al recordar la sarta de estupideces que le solté al Jefe. El caso es que pasé, con una facilidad pasmosa, de un estado a otro. Él ni siquiera trató de convencerme, suponiendo tan solo un motivo místico para mi transformación. Él deseaba que yo renunciase a la auténtica Draga y que le dibujara otra Draga distinta para el periódico. Lo que no me explico es cómo su deseo, de pronto, se convirtió también en el mío.

Jamás había trabajado con tanto placer. Me entusiasmaba el proceso de falsificación; me extasiaba ante los párrafos que me parecían más interesantes para el Jefe y me imaginaba lo satisfecho que se sentiría cuando leyese el nuevo texto y lo comparase con el anterior. No podría sino apreciar mi afán. ¡Que nadie se equivoque! Alguien podría pensar que lo hacía en mi propio beneficio, por dinero o por conseguir un ascenso en el trabajo, pero no se trataba de eso en absoluto; simplemente, disfrutaba haciéndolo, como si me vengase de alguien.

Draga dejó de ser un personaje trágico. Ella estaba imbuida de una noble conciencia cívica, entendía las necesidades del país y se esforzaba tenazmente por mejorar su propia cualificación. Se quedaba horas extra después del trabajo desarrollando movimientos aún más ágiles, mientras que en casa se empapaba de literatura técnica. Soñaba con lograr resultados excepcionales y los alcanzaba. El colectivo la ayudaba, todos reconocían sus cualidades y se sentían orgullosos de ella; ella misma era feliz. Precisamente, la cuestión de la felicidad era lo que más me costaba encajar, pero de pronto pensé: ¿y por qué diantres no podía ser feliz un motor eléctrico? Para ser honesto del todo, debo admitir que de ahí en adelante descubrí un nuevo enfoque y empecé a aplicarlo de forma exhaustiva: la libertad de aceptar solo aquellas verdades que me conviniesen. Era todo un lujo sacar a la luz la trola más repugnante (y ventajosa), que no se tragaría ni el tipo más tonto del mundo, y endilgársela al personal. He comprobado que al menos la mitad de la gente te creerá si te mantienes firme. También en el caso de Draga: ¿por qué no habría de ser feliz? ¿Sabe alguien acaso en qué consiste la felicidad? ¿Alguno la ha alcanzado? ¿Por qué no había de ser precisamente Draga esa persona? Veinticinco minutos después de escribir esa segunda versión del artículo, estaba dispuesto a defender a capa y espada que Draga era feliz. Ni me ofendí lo más mínimo cuando el secretario de Redacción, ese cuadrulado, atontado y encantador Petso, dijo: «¡Tienes una mente retorcida!».

El Jefe estaba satisfecho sin más; yo, entusiasmado. Me sentía como un mercenario que hubiese cumplido su tarea con destreza profesional —da igual qué clase de tarea— y que en ese momento encendía su cigarrillo con todos los gestos de cine que utilizan los viejos lobos. Solo que yo no fumo. El Jefe me invitó a su despacho, pidió café y me regaló unas entradas para un partido

importante. Yo le observaba con interés y el único pensamiento que me rondaba era: ¿se creería su condición de jefe o no? Más tarde comprendería que una idea tan inteligente no podría ni pasarse por la cabeza. Era un tipo coherente, coherente hasta el hastío, como el teorema de un triángulo equilátero. Se lo debía todo a su coherencia. Sin embargo, tenía sentido de la medida, porque, a diferencia de otros muchos jefes, nos ahorra las largas disquisiciones y los preámbulos, esforzándose por hablar con nosotros de manera normal. Ahora, al reflexionar sobre la carrera de mi jefe, estoy completamente convencido de que, con mi mente retorcida, de haber querido hacer carrera por mi cuenta, y dada mi capacidad para transformar mentiras en verdades y verdades en mentiras según convenga, habría podido llegar mucho más lejos que él... de no haber sido por ese irresistible deseo mío —al subir a un séptimo u octavo piso— de mirar hacia abajo y sentir de repente unas ganas tremendas de saltar. Es verdad: la caída me atrae, me embriaga y seguro acabaré haciéndolo algún día.

Siempre he atribuido a mis compañeros muchas más capacidades de las que en realidad poseían. En las ocasiones en que me presentaba en el despacho del Jefe, tenía la impresión de que él no me decía lo que de verdad pensaba cuando me hablaba (sobre mi ascenso y mis progresos). Escudriñaba su cara y percibía una suerte de confesión conspirativa del tipo de: «Debes comprender lo que yo comprendí hace ya tiempo. Todo esto no es más que un juego. Participa en él, pero recuerda que solo es un juego. Te resultará divertido, interesante y no te exigirá nada. ¡No te agobies con ello!».

Sea como fuere, él y yo mantuvimos la amistad durante mucho tiempo. Él apreciaba algo en mí, o tal vez nos vinculaba el común desdén hacia todos aquellos zoquetes que pululaban por la editorial, empalmando retazos de frases y palabras, presentándolas después como valores universales, como sus propias obras inmortales, en una interpretación artística de la humanidad y de su época. (¿Qué tal va eso, Goethe?). Ni se nos ocurría sonreír ante sus rostros ensimismados y poetizados. Parecía que estuviéramos asistiendo a un concurso de idiotas bien organizado...

El artículo sobre Draga fue tan solo mi comienzo (según Petso, mi final). Me desembarqué de mis ingenuos escrúpulos accediendo así a un campo vasto y espacioso de horizontes inabarcables. Me fascina la inmensidad. Pero lo cierto es que tenía miedo, ya fuese de Dios o bien de algún castigo fatídico; podía tratarse de alguna cigüeña vengativa que dejara caer una serpiente en mi cama o algo por el estilo. Una amenaza oculta acechaba en el ambiente a mi alrededor susurrándome: «¡Me las pagarás! ¡Vaya si me las pagarás!...». Ahora creo que debía de tratarse de los despojos de mi conciencia, abandonados allí desde los remotos tiempos de mi infancia.

Tenía miedo. Cuando por fin iba a publicarse mi artículo sobre Draga, tuve la sensación de que de inmediato sobrevendría el Segundo Advenimiento; de que el suelo se abriría para que la lava candente me engullera y me borrara de la faz de la tierra. Seguramente presentía que de una vez empezaría mi gran partida, y yo siempre estoy ansioso por jugar y jugar...

Ahora también siento esa misma emoción. El plan de El-de-la-Derecha es magistral. Él es mucho más capaz que el Jefe, y me muero de ganas por parecerme a él... Temo no ser digno de llevar a cabo esta gran operación. ¡Oh, sí, lo seré, y de qué manera! El-de-la-Derecha ni siquiera sospecha de lo que soy capaz, al igual que el Jefe nunca pudo sospechar lo que le brindaría mi devoción... Será un espectáculo, lo nunca visto. Convertiremos a ese asqueroso Hiena en un pollo

mojado al que luego desplumaremos con dos dedos, hasta la última plumita. ¡Hasta la última plumita!

Genádiev gana la primera mano. Esgrime un trío barato contra una escalera y una pareja, nada de nada. Se embolsa unas veinte levas. Empezamos otra ronda. Adoro este silencio, el movimiento sigiloso de las manos, esa vigilancia furtiva en las miradas, esos vuelcos fulminantes seguidos por el categórico e inhumano:

—¡Abro yo!

—¡Vale!

—¡Triplico!

—¡Voy!

—¿Cartas?

El mejor momento de toda partida de póquer es la apertura. Constituye una categoría aparte, ya que no se asemeja a ningún otro comienzo. Podríamos denominarla *obertura à la póquer* y supone en sí misma un género incomparable. Pero debo tranquilizarme... Esta noche no voy a perder, sino que, al contrario, mis ganancias están aseguradas. ¡Y qué ganancias!

No dejo de pensar que ocurrirá algún imprevisto, que algún contratiempo repentino lo desbaratará todo, mandando al diablo todos nuestros planes y mis esperanzas.

Es curioso. He comprobado que, siempre que imagino con claridad el final de algo o la respuesta a alguna pregunta crucial, el resultado real nunca es el mismo. Esta contradicción ha desarrollado en mí un sentimiento casi fatalista. Por ejemplo, por un instante me he imaginado una pila de dinero ante mí, y entonces me abalanzo con ambas manos para guardarla, apretujando el dinero en mis bolsillos bajo la mirada benévola de El-de-la-Derecha. Veo al Hiena, pálido y estupefacto, echándose las manos a la cabeza, los labios temblorosos, a punto de enloquecer. ¡Son seis mil levas!...

Tengo miedo. Me lo acabo de imaginar, lo que significa que no va a suceder exactamente así. Entonces, ¿qué pasará? Me fijo en El-de-la-Derecha. Reparte las cartas con su característico juego de muñeca, como si practicara pimpón. Él también me mira. Irradia la mayor de las confianzas; más que una persona es la esencia misma de la confianza.

—¡Ciega! —dice el Hiena, y me hace volver a la partida.

¡Vaya, vaya, vaya! Si ha decidido tan pronto caldear el ambiente, sus intenciones están claras. Ha picado el anzuelo, ¡el muy espabilado! Si yo estuviera en el lugar de Genádiev, habría doblado la apuesta, pero esta noche no parece tener semejantes intenciones, ni tampoco sospecha el espectáculo que va a presenciar.

—¡Vas a lamentarlo! —le dice cordialmente al Hiena.

El otro se limita a resoplar, un gesto típico suyo cuando trata de aparentar firmeza. A mí ese truco no me impresiona. Aunque cantase «¡Subo el triple!» a mis espaldas, mi pulso no se aceleraría como en mis comienzos. Por aquel entonces yo jugaba de forma poética (es una expresión de El-de-la-Derecha), lo que se traducía en un juego carente de toda lógica y cálculo y, por supuesto, en una ruina para mi bolsillo.

«Es agradable jugar con elegancia, pero convendrás conmigo en que más agradable es ganar», me había explicado mi mentor en el póquer.

Genádiev entra en la apuesta ciega y luego pasa, está claro, y permanece agazapado. Yo me retiro con un trío en las manos. Cualquiera imbecil entraría al juego de cabeza. El-de-la-Derecha se retira. Con Genádiev como único contrincante, el Hiena se la juega por el bote, el otro triplica la apuesta y mi regocijo se desborda: ¡el Hiena huye despavorido! Todo va como la seda. Es absolutamente imprescindible que para las tres y media ese canalla haya perdido al menos unas cien levas; entonces es cuando se vuelve imprudente.

El tío Petko, es decir, Genádiev, se lleva también esa cantidad de dinero. Él es el mayor de la cuadrilla y el único claramente por debajo de nuestro nivel. Un hombre de una bondad y honradez infinitas; se alegra muchísimo cada vez que gana y después nos invita a algún restaurante. Se gasta el doble de lo que ha ganado. Por no mencionar sus pérdidas. Hoy le pregunté a El-de-la-Derecha por qué suele invitar al inofensivo tío Petko como cuarto jugador y me respondió:

—¡Porque le aporta respetabilidad a la mesa! Si pretendes organizar un enfrenamiento entre granujas, necesitarás la presencia de, al menos, un hombre honesto.

Muchas veces me he preguntado por qué Genádiev juega a las cartas. Él no tiene un carácter de jugador, ni tampoco incrementa sus ingresos con el juego, como lo hacen mi socio o el Hiena. Tiene suficiente dinero, un buen empleo, un bonito coche, las cosas parecen irle bien en casa, sus hijos son excepcionalmente amables y educados, y su mujer es por completo normal. Se lo pregunté una vez.

—¡Me apetece jugar! —me respondió.

Bastante tiempo después me enteraría, a través de unos conocidos comunes, de algunos detalles increíbles de verdad acerca de ese hombre apacible, algo entrado en carnes, de cincuenta y cinco años. Resulta que hacía años, Genádiev había sido un temerario miembro del movimiento comunista clandestino, capaz de aventurarse en las acciones más peligrosas, que se había cargado personalmente a un buen puñado de tipos y que, en resumen, había sido un verdadero héroe. Me contaron historias tan espeluznantes que empecé a fijarme en él con más atención y a comprender la razón de su presencia en nuestro cuarteto. Resultaba evidente que ganar no tenía ninguna importancia para él. Lo que buscaba era la emoción. La obtenía en las batidas de caza y jugando a las cartas.

De tanto en tanto, el tío Petko se aventuraba en las jugarretas más arriesgadas; lo llamábamos su «triple salto mortal», cosa que al principio nos asustaba tantísimo que nos retirábamos, aunque tuviésemos cartas favorables. Más tarde, El-de-la-Derecha se daba cuenta del farol al revisar las cartas marcadas y Genádiev tenía que desprenderse de algunas levas. A pesar de ello, volvía a intentar confundirnos. Ya estamos tan acostumbrados a su forma de jugar que casi podríamos acertar qué cartas tiene en cada momento. La verdad es que él nos resulta totalmente transparente y predecible. Pobrecito, cuando tiene un póquer, se le nota a la legua. Mi socio y yo, por nuestra parte, procuramos no desplumarle, siempre jugamos amistosamente con él e, incluso, le protegemos de los demás granujas. En ocasiones hasta le hemos perdonado algunas pérdidas sustanciosas. El Hiena es el único que no respeta nuestras normas. Le saca hasta la última leva... seguro que sería capaz de desvalijar a su propia madre y, si pudiera, ¡hasta se desvalijaría a sí mismo!

El tío Petko se cobra otras diez levas; el montoncito ante él crece. Me permito darle un consejo

amistoso:

—¡Ahora ándate con ojo!

—¡Ah, dentro de nada lo habréis recuperado todo! —Sonríe él.

Es un hecho comprobado, porque el bueno de Petko es incapaz de mantener sus ganancias. Incluso cuando hacia el final de una partida aún conserva su parte, de golpe se arriesga de manera completamente injustificada y lo pierde todo en un patinazo estrepitoso. No conozco a otro hombre que asuma sus derrotas con tanta sangre fría.

«A un gran jugador se le reconoce cuando pierde y no cuando gana», le consuela El-de-la-Derecha.

Dudo mucho que eso sea cierto y, además, tampoco soporto los dichos en lo que a su contenido se refiere. Los dichos me agradan solo por su sonoridad paradójica, los oigo como un motivo musical y nada más. Solo los imbéciles pueden creer en sentencias, refranes, proverbios y demás sandeces generalizadoras. Sin embargo, El-de-la-Derecha es el maestro de los dichos, sobre todo de aquellos cuyo fin es consolar. Manan de sus labios como un bálsamo. El Hiena saquea a sus compañeros de partida y se larga de la manera más grosera. El-de-la-Derecha los desvalija y los consuela.

En eso se parece a mi jefe. Jamás se enzarza en discusiones con nadie. Incluso cuando despide a alguien del periódico, el Jefe lo hace de manera tan cuidadosa, tan humana, con tanta consideración, que a la persona que está siendo despedida le entran ganas de romper a llorar en muestra de agradecimiento y, si aún no la han despedido del todo, termina sugiriéndolo a iniciativa propia. A mi jefe también le gustan los dichos. El primero que le oí fue: «Todo el mundo prefiere suicidarse por su cuenta».

Con mi gran capacidad de imitación, me pasé todo un mes intentando actuar como el Jefe. Los dejé a todos con la boca abierta; me miraban atónitos, procuraba no discutir con nadie ni ser grosero; fui cariñoso, atento, incluso tierno. Hubiera estado genial seguir con la farsa, pero enseguida me aburrí y retorné a mis viejas costumbres. De todas formas, mi único motivo de orgullo consiste en discutir con la gente desinteresadamente, esto es, sin plantearme ninguna razón para esas trifulcas y sin pensar tampoco en las consecuencias.

Ahora mismo me estoy imaginando a El-de-la-Derecha tratando de consolar al Hiena. A las tres y media probablemente le servirá una sentencia almibarada; un caramelito mentolado para suavizarle la garganta mientras el Hiena tiembla como un animal medio degollado.

—¡Ni se te ocurra! —Oigo la voz metálica de El-de-la-Derecha.

¡Maldita sea! Me he despistado con este tipo. Por un segundo desvié la mirada hacia la ventana e inmediatamente ya estaba intentando jugármela, pero mi socio le tenía bien vigilado. Es genial jugar compinchado con él.

Ya hace tiempo que dejamos atrás la fase en que algunos listillos trataban de timarnos con barajas ordenadas, aunque siempre hay alguno que lo intenta. Por si cuela. El Hiena domina de un modo magistral ese sucio truco. No se la juega con el azar ni se arriesga, sino que más bien se prepara la baraja de manera fenomenal, sobre todo las cartas bajas. Cuando he tenido la ocasión de observar su juego como espectador, siempre me ha asombrado cómo es capaz de arriesgarse ante un succulento bote entrando con una simple pareja de sietes u ochos. Inexorablemente, siempre

le sale la otra pareja. Durante mucho tiempo me impuse la norma de no entrar al juego cuando el Hiena repartía las cartas. Solo cuando El-de-la-Derecha se sienta enfrente de él, se corta con sus tejemanajes. Puedo afirmar —sin temor a exagerar— que mi socio es el campeón mundial absoluto en lo referente a ordenar barajas. Lo que realiza ante las atentas miradas del oponente es, en verdad, indescriptible. Sus bellas manos de músico poseen tal destreza que despertarían las envidias de cualquier mago ilusionista. Hasta llegaron a invitarle a tomar parte en un espectáculo de prestidigitación. Él mantiene una teoría muy particular acerca de los movimientos engañosos, una teoría revolucionaria. Da el cambiazo o prepara la baraja justo en el momento en que todos esperan que lo haga y nadie puede creerse que se atreva a hacer justo aquello que no debería. A menudo pienso que en esas situaciones interviene la sugestión o alguna otra fuerza misteriosa. Recuerdo que una vez se la jugó contra dos póqueres cuando tenía casi una escalera de color, pero la carta que le sobraba —lo recuerdo a la perfección— no le aportaba nada, así que acto seguido, y bajo la atenta mirada de sus dos oponentes, él descartó la carta sobrante sustituyéndola por la que precisamente completaba su jugada. Algunos dirían que aquellos tipos fueron un par de idiotas o que les pilló en un momento de descuido total, uno de esos momentos en que uno se halla tan absorto que no ve más allá de sus propias cartas. No lo sé. Tan solo el Hiena es inmune a sus artimañas. Ambos se acechan mutuamente, todo el tiempo. Entre nosotros, echarle un vistazo a una sola carta, exceptuando las que hayan sido repartidas, es motivo de castigo severo; las barajas se cambian varias veces durante la partida; en resumen, se adoptan las medidas más rigurosas, y sin embargo...

Mi socio me susurra:

—Él marcó el siete de tréboles, ¡pero yo marqué todos los tréboles!

Lo compruebo. Así es. ¡Cómo no maravillarse ante estos truhanes! Sin embargo, mi mujer se pilló un disgusto tremendo esta noche. Cierta afamada compañía representaba en la ciudad una función sublime, y ella había removido cielo y tierra para conseguir un par de entradas. Sí, justo se trata de ese dramaturgo americano, Olbee o Elbee, o Albee... ¡cada vez lo transcriben de una manera diferente!

¿Y cómo puede compararse al tal Olbee o Elbee, o Albee, con mi compinche; y desde cuándo puede una obra de teatro brindarme un placer equiparable al del juego? Cualquiera sabe qué cúmulo de efectistas artificios literarios, motivos pretenciosos y demás payasadas debe desplegar su obrita. Autores así solo cacarean: «¡Fijaos en mi actitud frente al mundo! ¡Contemplad las perlas de sabiduría que he cosechado! ¡Asombraos ante las extraordinarias verdades que os voy a revelar!». Verdad y sabiduría... ¡y una leche! ¿Qué me importará a mí su visión trasnochada del mundo y quién se creará que es ese descarado escritorzuelo para tratar de impresionarme con sus peroratas?...

En cualquier caso, ahora mi mujer está cabreada conmigo. El espectáculo acababa a las diez, y yo podía haber asistido y haberme ido a jugar después, pero —claro— tenía que quedar con mi socio para repasar el plan una vez más. No iba a fastidiarlo todo por culpa de una pantomima.

En resumen, la literatura no es santo de mi devoción. En tiempos leía sin parar, cualquier cosa. Ahora hago lo mismo que cualquier escritor búlgaro consagrado: ni leo a nadie, ni me importa. O, por el contrario, afirmo sin pudor haber leído algo que jamás he leído. O, lo que es aún peor,

sencillamente repito cualquier opinión ajena. Si esperan una opinión, ¿por qué no dársela? En alguna ocasión, he puesto verdadero empeño en leer algún libro algo más interesante y comentado. Recuerdo el revuelo que provocó *Viajes con Charley*, de Steinbeck, en Bulgaria. ¡Por Dios bendito, llevaba la tira sin leerme un muermo semejante! Da la impresión de que algunos autores, cuando se convierten en clásicos, dejan de ser escritores. Durante todo el tiempo me llegaba ese tufillo de caballero anaftalinado que va por ahí exclamando: «¡Anda, pero si existen más personas!». En cambio, nuestros escritores tiran siempre del viejo recurso colegial de transformar a las personas. De modo que un tipo va tan tranquilo y de pronto: ¡pum!, ha cambiado, se ha vuelto otro. Yo al menos no conozco a nadie que haya cambiado de esa manera. ¡Menudos caraduras, tratando de endosarle sus patrañas a un embustero como yo! Hablando claro: puedo prescindir totalmente de la literatura. Tengo por casa montones de libros apilados y lo único que lamento es no poder apostarlos en lugar de dinero. ¿Quién iba a querer jugar por unos libros?...

El tío Petko fuma como un carretero. Ya ha logrado ahumarnos el cuartucho entero. Los tres restantes no fumamos. El Hiena, por tacaño; mi socio, por su modo de vida deportivo y por salud; y yo, por ser original —todos mis amigos y conocidos fuman, y a mí me gusta distinguirme de los demás—.

El anfitrión se levanta para abrir la ventana. La primavera se encuentra en plena eclosión ahí fuera. Junio en Sofía, cálido, tentador, y con luna llena. Me estaba acordando de Petso, nuestro secretario de Redacción, una de las pocas personas que aún me siguen apreciando y que abrigan la ilusión de lograr reconducirme. Cómo me gustaría traerle aquí, para que presenciara nuestro golpe y apreciase su belleza: el ascenso y la caída de una persona.

La partida continúa. El Hiena empieza a quejarse:

—¡Ya he perdido cien levas!

Miente, nos mira a los ojos y miente. A lo sumo habrá perdido treinta o cuarenta levas. De ahora en adelante se pasará todo el rato quejándose; su numerito de costumbre. Los juegos de azar están prohibidos y se consideran ilegales. Por eso miente el Hiena. Siempre tiene bien presente que podrían acabar interrogándole. Llegado el caso, se haría pasar por una víctima inocente desplumada por unos granujas. Sin embargo, yo podría afirmar que durante los últimos meses ha logrado rapiñar unas ganancias bastante sustanciosas.

Nosotros no jugamos con fichas, como es costumbre por aquí, sino como auténticos jugadores, esto es, con dinero. Cada cual amontona su pasta delante de sí. Solo el Hiena se guarda todo el dinero inmediatamente en sus insaciables bolsillos. Eso también es propio de él. Toma el billete todavía en el aire para hacerlo desaparecer al instante, como succionado por sus tentáculos. Por el contrario, El-de-la-Derecha apila el dinero sobre una manta, justo debajo de su mano izquierda. Lo hace a propósito, para que todos puedan verlo. Y, puesto que casi siempre gana, la pila bajo su mano izquierda aumenta a ojos vistas, lo que saca de quicio a sus oponentes. ¡La de veces que habré captado esas miradas contemplando por última vez el paso irreversible de los billetes a ese montón! Recuperarlos de ahí resulta casi imposible. Digo «casi», porque a El-de-la-Derecha le falta solo un uno por ciento para ser la persona más perfecta que yo haya conocido en mi vida. Este uno por ciento —rara vez, eso sí— ha eclipsado su imagen de supertramposo. O tal vez precisamente en ello consista su pasión de jugador, al carecer de otras pasiones. Así que

amontona su dinero delante de él; no lo esconde. Se ocupa con mimo de cada billete que recoge, estirando sus bordes, alisándolo con esmero, tocándolo con ternura... como si acariciase una mano femenina.

Sigo su ejemplo. También yo apilo el dinero ante mí para ponerles los dientes largos a los demás.

Esta noche tengo una tarea especial. A las doce en punto, sacaré de los bolsillos de mi americana todo el dinero que traigo. Son varios fajos de billetes de cinco y diez levas, tal y como me los dieron en el banco; seis mil levas exactas. La mitad son de mi socio. Jugamos y nos los repartimos.

De hecho, este dinero supone el primer punto de nuestro plan contra el Hiena. Resultó algo complicado, pero funcionó a la perfección. Sabíamos que esta mañana —a eso de las diez— el Hiena estaría en el banco para ingresar dinero. Acordé con mi socio que yo acudiría al banco a esa misma hora. Retiré mis tres mil, que añadí a las tres mil del socio. Dispuse todo el dinero sobre el mostrador en medio del banco y me puse a contarlos lentamente. Cuando iba por el segundo fajo de billetes, el Hiena apareció, al momento se dio cuenta de mi presencia (como si hubiera olfateado el dinero) y se me acercó.

—¿Por qué lo retiras? —me preguntó mirando al dinero más que a mí.

—Solo para tenerlo a mano. —Yo seguía contando.

—¡Pues sí que tienes un buen dinerito! —dijo sin apartar la mirada de los billetes.

—Pues sí. ¿Qué pasa, tú no tienes? —respondí.

—¡Hum! —Se rascó la cabeza—. ¿Y si jugásemos un mano a mano?

—¡Vale! —Continué contando—. Esta noche, después de la partida habitual.

—¿Traerás este dinero? —me preguntó con cierto asombro.

—Si quieres. ¡Ecleré! —respondí, lo que significaba que podíamos jugar un mano a mano, pero solo por dinero contante y sonante y con la condición de que antes de la partida él mostrase tanto dinero como yo.

—¡De acuerdo! —dijo el Hiena con decisión—. Yo también haré provisión de fondos.

Se tragó el cebo como un besugo. Ahora guarda sus fajos de pasta en el bolsillo interior; puedo verlos desde aquí y presiento que acabarán reuniéndose con los míos. Nunca llegaremos a jugar ese mano a mano porque a él ya no le quedará dinero.

Los fajos están alineados frente a mí. La cara del Hiena se ilumina. El tío Petko me mira atónito.

—Pero ¿qué hacéis? —Parece sorprendido y alarmado.

—¡Una cuestión de prestigio! —le contesto echando un vistazo hacia la pila.

—¡Oh, estoy impaciente por echarle el guante! —bromea mi socio.

El Hiena contempla el montoncito embelesado. Ninguna otra imagen (ya se trate de un paisaje natural o de formas femeninas) puede originar esa mirada en él. Paladeando el éxito, se le hace la boca agua. No puedo resistirme a preguntarle:

—¿Para qué quieres tanto dinero?

Me responde de la manera más idiota posible:

—¡Tú dámelo, y ya sabré yo en qué emplearlo!

Miro a mi socio. Me entran ganas de partirle al Hiena su cara de puercoespín en este mismo

instante. Realmente parece un puercoespín con esos pelos de punta rojizos, esa pequeña frente estrecha y ese corpachón voluminoso. Tan solo tiene treinta y tres años, pero está hecho un gordo flemático. Se ha puesto fofo de tanto jugar al póquer.

«¡Menudo artículo podría escribir sobre él!», pienso para mis adentros mientras rememoro al detalle la tarde en que el Hiena apareció en este cuartucho con un periódico, me miró, puso una sonrisa burlona y soltó de forma vulgar:

—¡Observa!

En la segunda página del periódico asomaba su jeta de puercoespín con el epígrafe: «Siguiendo el ejemplo de los mejores». No era más que uno de esos panfletillos cursis que los de mi especie y yo mismo regurgitábamos a diario para rellenar de sandeces el excedente de papel en la república. El artículo informaba de que el ingeniero de finanzas Danyo Kalev Manchukov había implantado un nuevo sistema organizativo en la contabilidad —si bien nunca trascendió en absoluto en qué consistía— que, en cualquier caso, colmaba de alabanzas al Hiena. Creo que incluso le habían concedido algún tipo de galardón. Claro que uno podría decir: ¿y por qué no escribir sobre él? Se ha escrito tanta basura, ¿por qué no escribir también sobre un jugador de cartas?

Le miro fijamente. Lo primero que me sugiere su cara es una más que evidente demostración de nuestro estrecho parentesco con los simios. Salta a la vista que ese cuerpo se alimenta, respira y existe siguiendo las leyes de la lucha por la supervivencia y, si uno acepta el hecho de ser su semejante, se sentiría asqueado de sí mismo. Observarle comiendo provoca náuseas. Todos sus movimientos están impregnados de aquella forma de acecho que recuerda a nuestros ancestros cuando buscaban alimento o se protegían de sus enemigos. Se puede afirmar con toda tranquilidad que la vida no ha experimentado ningún cambio cualitativo entre el hombre primitivo y el Hiena.

Le conozco hace ya tres años, desde que le invitaron una noche, creo que fue en casa del tío Petko, y nos desplumó a todos en un abrir y cerrar de ojos. Vive en un apartamento con sus padres, una pareja de jubilados muy dóciles y callados. En muy contadas ocasiones nuestra cuadrilla se reúne en su casa, pero él prefiere evitarse riesgos, por lo que pudiera pasar. Me llama sumamente la atención la distribución estricta del tiempo en su vida. El Hiena duerme, luego se va a la empresa, donde cumple una jornada de ocho horas ocupando un cargo sinecura, como encargado de biblioteca o documentación. Por lo que tengo entendido, es pariente del director y, para justificar su cargo de alguna manera, el jefe lo metió en el Departamento de Clasificación. Me apostaría lo que fuera a que el Hiena no habrá hecho más que una o dos consultas bibliográficas sobre el nuevo sistema de contabilidad. Esas artimañas de los jefes al recomendar a alguien a la prensa me las conozco al dedillo, mejor que la cara del tío Petko. El Hiena me dijo que iba a enmarcar este artículo para colgarlo en la pared de su casa. Seguramente lo haya hecho. Al fin y al cabo, no deja de ser un farol de póquer más. Nosotros jugamos y jugamos...

Al finalizar su jornada laboral, el Hiena come. Aparte de otras cosas, es un terrible glotón; me refiero a pura glotonería porcina. Se come cualquier cosa que se le ponga delante, siempre que sea barata o de gorra. Al pobrecito no le gusta pagar en absoluto. Me he fijado en él y desprenderse de cada leva le supone toda una tragedia: frunce el ceño, se rasca, se revuelve y suspira gravemente; sus ojillos grises miran de un lado a otro como suplicando que alguien asuma

la carga y afloje la pasta. Da auténtica lástima.

De las seis en adelante es su momento. La cosa más constante y cotidiana de su vida: el gran juego del póquer. Participa en una docena de cuadrillas o, como dicen por ahí, «tiene su clientela habitual». Antes de conocernos, sus principales víctimas eran los deportistas. Entre ellos también se cuentan buenos jugadores, aunque —por lo general—, siendo deportistas, suelen tomarse el juego como una competición, mientras que el Hiena es el individuo con menos espíritu deportivo que uno pueda imaginarse. Así que le viene de perlas. Se mantiene al acecho, esperando el momento más propicio. Sobre todo, si no le vigilan constantemente las manos. Por esa razón siempre se alegra cuando nuestros atletas ganan premios internacionales y dice relamiéndose: «¡Siempre nos caerá algo!».

Otro gremio con el que juega a menudo es el de los actores. Estos pobres diablos creen que pueden engatusar al Hiena con *Macbeth* o *Hamlet*. ¡Un espectáculo digno de verse! Como todos los actores, intentan seguir interpretando sus papeles fuera del escenario. Pero, en primer lugar, el Hiena no es su público, y, en segundo lugar, a él no le interesa el arte en absoluto. Su único interés es el dinero. Por eso, el cuchillo con el que Bruto asesinó a César no le impresiona más que un juguete, la regia voz del rey Felipe suena titubeante, y el viajante, antes de encontrarse con su propia muerte, suplica sollozante de manera casi *gogolesca*:

—Al menos déjame algo para un coñac, ¡hombre!

Pero los actores son gente propensa a hacerse ilusiones; poetas del azar convencidos de que, con su siguiente paga, conseguirán retorcerle el grueso pescuezo al Hiena. Bienaventurados los que creen. Por eso, El-de-la-Derecha y yo hicimos campaña para que pasasen del Hiena y jugasen con nosotros: no solo les quitaríamos menos dinero, sino que también nos comportaríamos de manera civilizada y hasta llegaríamos a aplaudirles...

Además, ¿qué lenguaje en común podrían tener con ese imbécil redomado? El Hiena es incapaz de formular una sola frase coherente. Me apostaría cualquier cosa a que fue otro quien obtuvo por él su título de la Politécnica. En una conversación normal tartamudea, y su tono vulgar resulta espantoso. Nunca dice «mujer», sino «tía»; sus reflexiones son deprimentemente estúpidas, y cualquier ciudadano normal consideraría insoportable escucharle. Pero, cuando se trata de póquer, algo en él se libera o, mejor dicho, él revive, se transforma y ya no es el mismo —una aguzada capacidad de observación, reacciones inmediatas, maniobras fulminantes y un maravilloso sexto sentido de cazador—. Si El-de-la-Derecha es ante todo un psicólogo, el Hiena posee una intuición excelente. Por no mencionar su voracidad de hiena y su mentalidad de «Agárralo y huye».

Fuera del póquer no tiene vida, sino que queda sumido en un letargo animal, sin interés por nada. Las cartas le dan vida. Es como un homúnculo fabricado en un laboratorio, concebido y criado con el único fin de jugar a las cartas. Su fijación me horroriza y me fascina a la vez. No me extrañaría nada si el día en que se muera pusieran una baraja de naipes junto a su ataúd y él se sentara y dijese, de esa manera suya grosera y desagradable:

—¡Apoquina!

El Hiena siempre exige que el bote esté «limpio», lo que significa que todas las apuestas deben saldarse de inmediato. No concede ninguna prórroga. Quienquiera que se quede sin pasta debe irse y obtener más, y, si no le queda nada, que se busque la vida.

—¡Apoquina! —repite él, dejando bien claro quién va a acaparar el dinero.

Nada me irrita más que la grosería palurda de este tipo. Tampoco soporto la manera en que sus ojos miran de soslayo; ¡son tan repugnantes!

Un amigo mío sostenía que todo el mundo tiene los ojos bonitos. Aquello me hizo fijarme en todas las personas con las que me topaba y, para mi sorpresa, en efecto, todos los ojos que vi poseían su propio encanto, su belleza particular, independiente de la forma de la cara. Hombres y mujeres, ancianos y niños: todos ellos tenían ojos verdaderamente preciosos, expresivos, cargados de sabiduría, misterio y vida. Hubiera calificado con un suspenso la capacidad de observación de esos escritores de fama mundial que se inventaban todo tipo de ojos feos e insulsos. Debían de estarse confundiendo con los estados de ánimo desagradables y anodinos. El Hiena constituía la única excepción. O quizá mi odio hacia él sea tan fuerte que me impide apreciar nada positivo en él. Por más que le observe, por más que espere verle cambiar de expresión, esta se mantiene invariable, como una cortina gris desvaída por el sol, tras la que se oculta un asesino a sueldo.

Le odio. Tengo ganas de levantarme y propinarle una buena tunda; de fastidiarle de la manera más desalmada. ¡Hay que ver cómo vuela mi imaginación cuando se trata de hacer alguna faena! Sería capaz de dirigir un organismo público que hiciera putadas. Aun así, todo cuanto pueda imaginarme sería demasiado leve para el Hiena. Quisiera empujarle al extremo del sufrimiento más atroz, a la agonía mental, verlo retorcerse como el animal que es. Jamás he matado una mosca, pero al Hiena le clavaría un cuchillo en la espalda sin pestañear...

Aunque, en realidad, ¿por qué le odio? ¿Porque es una especie de antihumano? No, nunca he sido un defensor de la humanidad; ya se encargan otros de eso. ¿Porque es más fuerte que yo? Tonterías. Realmente envidio su intuición y su juego sólido y ganador, pero esa no es la razón de mi odio. Antes no le odiaba. Todo empezó cuando me asocié con El-de-la-Derecha y este me confesó el rencor mortal que sentía por el Hiena. No me avergüenza reconocer que le odio de un modo subsidiario. Es algo muy propio de mí: cuando tomo partido por alguien, siempre arremeto contra su oponente con la mayor ferocidad. Me encanta demostrarles a mis amigos que sus enemigos son mis enemigos por partida doble. Justo como en aquel dicho estúpido que siempre intentan endosarle al pueblo entero: más turco que el sultán y más católico que el papa. No sé qué es lo que ocurre en mi interior, pero siento una constante necesidad de manifestar mi amistad mediante odio y putadas a terceros. Así que, cuando El-de-la-Derecha me propuso que aunásemos fuerzas, exponiéndome su plan para aplastar al Hiena, me sentí eufórico. Los días en los que quedábamos, yo no hacía más que despotricar contra el Hiena, revelando su falta de planes, inventándome artimañas ruines que su cerebro simplón jamás hubiera podido vislumbrar; en pocas palabras, creé un ambiente anti-Hiena insoportable. El-de-la-Derecha disfrutaba con mi rencor, cosa que yo agradecía.

Me encontré en una situación similar en el periódico, cuando el Jefe me confesó que no soportaba a un compañero nuestro de trabajo, Nikifor. Cinco minutos más tarde yo le había retirado el saludo a Nikifor y ya andaba barruntando una docena de fregados en los que podría meterle. Al día siguiente no lo aguantaba en absoluto y se lo di a entender. A la hora de comer — en la cantina— se sentó en mi mesa y yo me levanté asqueado, con una sensación de odio

auténtico. Fue entonces cuando empecé a fisgonear en todo lo que él hacía. En eso, por supuesto, mi fantasía también me superó. Dado que Nikifor era un periodista mediocre incapaz de hacer nada interesante, me dediqué a inventarme cosas y le atribuí planes tan siniestros que, cuando se los comuniqué al Jefe, este se quedó alucinado. Durante una larga temporada yo entraba en su despacho con cara misteriosa y los dos comentábamos largo y tendido las medidas a adoptar contra Nikifor; nos dedicamos meses enteros a dicha actividad y durante ese tiempo yo no hacía más que caldear el ambiente. El Jefe empezó a tomárselo en serio. Mientras que, en realidad, el tal Nikifor pertenecía a esa categoría de estúpidos gandules a los que les importa un bledo lo que ocurra a su alrededor o en relación con ellos mismos. Precisamente, ese comportamiento suyo confirmaba todas mis acusaciones. Por fin el Jefe tenía buenas razones para detestarle, y yo le odiaba con fanatismo.

Finalmente, en una de nuestras reuniones acabé saltando y, basándome en las meteduras de pata reales de Nikifor en el trabajo (¿quién no las ha cometido?) y tras haber descifrado el contenido entre líneas (¡maldito contenido entre líneas!) de sus escritos, le convertí en nuestro Enemigo Número Uno. Cuestioné enardecido su lugar entre nosotros. La sala había enmudecido mientras que yo, en la cúspide de mi regocijo, arremetí con otra sarta de primorosas majaderías sobre las tareas que acomete la prensa nacional, sobre la importancia de los editoriales en la segunda página de los periódicos (al fin y al cabo, me gano la vida gracias a esa segunda página) y sobre nuestra responsabilidad política y social. Por supuesto, enseguida cubrí al Jefe de halagos. La aparente indolencia de Nikifor se resquebrajó y acabó presentando su dimisión, tras lo cual empezó a considerármeme como la persona más allegada al Jefe... Lo curioso es que yo continué odiando a Nikifor después de aquel episodio y me desagradaba enormemente toparme con él en la calle. Pienso que seguiré detestándole de por vida. Por su parte, mi amigo Petso intentaba convencerme para que le pidiese disculpas y le escribiese una carta explicándole que me había equivocado respecto a él. ¡Venga ya, basta de sentimentalismos! Aunque, por otra parte..., ¡bien podría hacerlo! Si en un momento dado me diese por ahí, hasta podría postrarme a los pies del Nikifor ese (¿os imagináis el espectáculo?); el muy idiota se sentiría profundamente conmovido por mi confesión y nos haríamos amigos íntimos, tanto que sería capaz de susurrarle al oído los sucios manejos del Jefe y no me sorprendería que —para compensar— yo terminase odiando a mi superior cien veces más que a Nikifor.

En otras ocasiones he llegado a odiar a alguien sin motivo aparente, solo para canalizar mi rencor. Me cuesta contenerlo, porque el resentimiento se vuelve contra mí, intoxicándome; mientras que, si encuentro un sujeto al que odiar, me quito un peso de encima. Suelo dirigir mi animadversión hacia los más capacitados que yo. En la editorial del periódico trabajaban un par de jovencitos —periodistas natos ambos—, que producían unos artículos tan fenomenales que enseguida triunfaban. Los odiaba. Sencillamente, como todo buen búlgaro, no soporto en absoluto que nadie demuestre ser mejor que yo. Hasta he llegado a odiar al centrocampista de nuestra selección nacional de fútbol por marcar esos goles tan impactantes. El reconocimiento universal que obtiene me molesta profundamente y, de vuelta a casa, me invento maneras de jugar mejor que él para asombrar aún más al público. Por desgracia, como supera la treintena, tendré que posponer mi carrera futbolística para la próxima vez...

La partida continúa. Genádiev empieza el tercer paquete de cigarrillos. Sus exiguas ganancias se han esfumado. El dinero fue transferido a los bolsillos del Hiena. Es ley de vida. Ese canalla está en su salsa: engañó al otro de manera endiablada, se marcó un farol fabuloso, y nuestro héroe legendario se acobardó.

Ahora le toca actuar a El-de-la-Derecha. De acuerdo con nuestro plan, debíamos atizar sin tregua al Hiena en los morros, pero, mira por dónde, acaba de recuperarse de sus pérdidas y ya está ganando otra vez. Cuando empieza a ganar, su juego se vuelve inquebrantable y a prueba de balas. En ningún caso se arriesgaría a apostar seis mil levas ni ninguna otra cifra cuantiosa. No obstante, también hemos previsto esa eventualidad...

Introducimos una baraja de cartas nueva en el juego. El Hiena revisa los naipes de un modo muy meticuloso. Qué mirada tan aguda tiene; capaz de apreciar hasta el más mínimo detalle. Pero ahora repartiré yo y, después, le tocará el turno a mi compinche. Resolvemos la primera mano sin incidentes; me entra un trío, pero no abro. Entre todos acordamos dejar el bote para la siguiente mano. Mientras El-de-la-Derecha recoge y mezcla las cartas con el mayor esmero, yo ejecuto el siguiente punto de nuestro programa: unas bolsitas de cacahuets salados. Los desparramo despreocupadamente sobre un periódico, colocando bajo el mismo una baraja nueva mientras corto el mazo que manipula mi socio. Enseguida, el Hiena echa mano a los cacahuets salados (¡así se le atraganten!), pero El-de-la-Derecha me dice:

—¡Aparta esa basura! —Levantando el periódico y empujándolo hacia el Hiena.

Nadie se percató de cómo consiguió escamotear la primera baraja entre sus manos. En ese momento sujetaba la baraja que yo había colado bajo el periódico.

Pero esto es solo el comienzo, un ligero calentamiento. Me reclino en la butaca con expresión seria, como si la cosa no fuese conmigo. A mi izquierda el tío Petko resopla preocupado, prendiendo un cigarrillo tras otro.

Mi socio es un campeón olímpico. Distribuye las cartas con soltura. Al Hiena le caerá un póquer de ases y luego nuestro plan será pan comido. Le observo mientras se forra de cacahuets salados y me entran ganas de soltar una risita. Ahora toca un ligero soplamocos. ¡Que siga después con su juego inquebrantable!

Echo un vistazo a mi reloj. Justo a tiempo. Ya son las dos.

Ante mis ojos se despliega un espectáculo de belleza inusual. ¡Ni punto de comparación con Olbee, Albee o Elbee! El Hiena tiene los cuatro ases en la mano y el muy hijoputa pasa; el tío Petko lleva una birria y se retira. Abro la ronda, aunque no voy a jugarla, y mi socio triplica la apuesta.

—¡Subo el triple! —dice el Hiena.

Todo va sobre ruedas.

Me fijo en él e intento grabarme su aspecto, esperando que, en otro momento, cuando no conozca sus cartas, adopte esa misma expresión. Nadie podría adivinar qué cartas lleva, ¡así de aplomado es el tío!

—¡Doscientas setenta! —dice bajito mi socio con tono ligeramente interrogante.

Sus gafas brillan de forma provocativa. Resulta de lo más educado.

—¡Paga! —gruñe el Hiena, mascando cacahuets y lanzando miradas suspicaces hacia mi

compinche.

El-de-la-Derecha cuenta el dinero con elegancia y lo añade al bote. El Hiena extrae de sus bolsillos los billetes uno a uno, arrojándolos a la pila. El total del bote suma exactamente quinientas sesenta levas.

Ahora mi socio ejecuta su jugada favorita:

—¿Cartas?

—¡Voy servido! —responde el Hiena mientras continúa atiborrándose de cacahuets salados.

«¡Ya se te atravesarán!», estoy a punto de gritarle y escupir a sus cuatro ases.

El-de-la-Derecha se apoya en los codos muy cerca de su rival, contemplándole un buen rato. El otro sigue mascando sus cacahuets imperturbable.

—Antes de pedir más cartas, te propongo que nos dividamos el bote a medias —dice mi socio.

Hemos pactado que, cuando solo queden dos personas en el juego, pueden repartirse el bote y renunciar a la batalla. Esa es nuestra norma.

—¡Ocúpate de tus cartas! —replica el Hiena con frialdad.

—¡Mira en qué se basa mi oferta! —Mi socio muestra sus cartas con gesto elegante.

Lleva color de corazones que fácilmente podría convertirse en una escalera de color. Siete, nueve, diez, jota y dama. ¡Qué admirable maniobra!

Antes de empezar la partida me había dicho: «Aplicaremos el truco que usan para atrapar monos en África. Conoces esa anécdota, ¿verdad? Cogen una calabaza hueca, le abren un agujero lo bastante grande para que quepa la mano del mono y colocan en el interior alguna golosina que atraiga al primate. Luego atan la calabaza fuertemente a algún árbol. En cuanto llega el mono, huele la golosina y enseguida mete la mano para cogerla. Sin embargo, el puño cerrado no puede salir por el orificio; el mono no deja de tirar y, por otro lado, no se le ocurre soltar la golosina para sacar la mano. ¡Actuaremos siguiendo ese principio!».

Ahora el Hiena ha cogido la golosina de quinientas sesenta levas y se resiste a soltarla.

—¡Ocúpate de tus cartas! —repite él, lanzando una mirada insolente a la escalera.

El tipo lleva un póquer, ¿por qué demonios renunciaría a tanto dinero? ¡Sobre todo él! El mono aprieta y estruja su puño cuanto puede, pero el cazador ya se aproxima y lo capturará vivo. ¡Lo agarrará del mismísimo pescuezo! ¡Del pescuezo!

—¡Reitero mi apuesta! —El-de-la-Derecha sigue sonriente.

Es la sonrisa más insidiosa del mundo, como un gato jugueteando con un ratón. ¡Dios santo!, ¿por qué no tendré yo una sonrisa así? Probablemente, los demonios sonrían de ese modo en su primera visita al cementerio.

—¡Deja ya de demorar la jugada! —El Hiena rebaña los restos de cacahuets.

—Como quieras —dice mi socio—, espero que no lo laments. —Está visiblemente preocupado y ejecuta su mejor truco, diciendo—: ¡Una carta!

El Hiena observa pasmado cómo El-de-la-Derecha descarta su color sin pestañear, roba una carta y no la mira. ¿Para qué molestarse en mirarla, cuando ambos sabemos ya cuál es?

—¡Otras cien levas! —apuesta el Hiena con su característico estilo de tacaño cabrón.

Cualquier otra persona con cuatro ases en la mano se lanzaría de cabeza a por el gran premio, pero este tipo juega calculándolo todo hasta el extremo. Solo que esta vez no le saldrán las

cuentas.

—¡Más el bote! —anuncia categórico mi socio, sin molestarse siquiera en mirar la carta que le ha tocado.

Resulta de lo más admirable, peculiar y grandioso por su parte... siempre y cuando no se juegue con una baraja trucada. Su cara expresa un falso nerviosismo de lo más convincente, la nuez se le agita en la garganta, le brillan los ojos y solo yo sé lo que se oculta tras ese brillo. La probabilidad de que le hubiese entrado un ocho o un rey de corazones para completar la escalera de color es ridículamente remota.

El Hiena ni se inmuta. Permanece en tensión unos breves segundos y suelta tajante:

—¡No!

Por fin el mono se ha olido el pastel y ha soltado la golosina. Le observo mientras saca cinco billetes de veinte levas que arroja al bote.

—¡Imbécil! —exclama el tío Petko al ver sus cartas—. ¿Cómo no igualaste la apuesta? ¡Tienes un póquer!

—Lo sé —responde el Hiena.

Mi socio —encantado— se guarda el dinero del montoncito bajo su mano izquierda.

—Danyo —le dice al Hiena—, ¡eres un jugador impresionante! Hace poco, cuando estuve en Roma, me acerqué a la iglesia de San Pedro y San Pablo, me arrodillé allí en la plaza y entoné una única oración: «¡San Pedro, san Pablo, no os pido nada, no deseo nada excepto que me enseñéis a jugar al póquer como Danyo el Hiena! ¡Por favor, es lo único que os pido!».

—¡Basta ya de tus majaderías! —le dice el Hiena.

Mi socio está exultante, y yo lo estoy doblemente. Resulta que con la alegría me ocurre lo mismo que con el odio. Me alegro el doble que los jefes: si ellos sonríen, yo suelto una risita; cuando ellos se ríen, yo me retuerzo en carcajadas; si ellos aplauden, yo doy brincos de contento. Y ahora me permito (como parte del plan) una pequeña broma con el Hiena.

—Esos son los cacahuetes más caros que has comido en tu vida —le digo—. Si se te atragantan, ¡avisa!

Él entorna los ojos y me lanza una mirada inexpresiva.

—¡Céntrate en el juego! —continúo—. Acabas de tirar trescientas setenta levas a la basura.

Él se queda callado. Recoge las cartas y las revisa. ¿Qué podría notar? Es una baraja nueva, no hubo tiempo para marcarla. Pero nosotros sabemos que ahora al menos diez cartas estarán marcadas.

El tío Petko sigue perplejo. ¿Cómo pudo no apostar con un póquer de ases en la mano? Él ni siquiera sospecha que la escalera de color era un hecho. Sin embargo, la diabólica intuición del Hiena volvió a ayudarlo.

Mi socio sigue sonriente. Ahora se me ocurre que la suya debe de ser una especie de sonrisa de hojalata, puro lustre y nada más.

Se acabó la tranquilidad. De aquí en adelante empezará la gran batalla.

—¡Con menudos jugadores he ido a sentarme! —exclama el tío Petko desconcertado—. ¡No valgo para este juego! ¡No apostar llevando un póquer de ases!...

El Hiena reparte las cartas. Mi socio ha vuelto sus gafas hacia él para intimidarlo, pero sus ojos

miran hacia mí. Nos felicitamos mutuamente. O, al menos, eso creo.

Le conocí de una manera un tanto peculiar. Tuvo que ver con mi otra debilidad. Por aquel entonces cortejaba a una tal Lina. Era una modelo tontita con un cuerpo divino, unos ojos preciosos y de lo más traviesa... Con veinte años aún seguía echando suertes al «pito, pito, gorgorito». Como remate, su forma de vestir hacía que todo bicho viviente se girase a su paso. Justo debido a esa atención pública me fijé en Lina. Debo reconocer que soy terriblemente vanidoso. Me produce un inmenso placer levantarle la chica a otro, sobre todo si está cotizada. Por supuesto, en ocasiones me he aventurado en una relación solo por la chica en sí. Verdaderas hordas masculinas seguían el rastro de la tal Lina: guaperas, chulitos, tipos melancólicos con expresión romántica y demás. Mientras ellos la admiraban babeando por ella (¡por esa despampanante atolondrada!), yo fui directo al grano. Mi arma más temible es la palabra. Ningún guaperas es capaz de emanar el mismo encanto que yo cuando las circunstancias lo exigen.

Mis palabras no quedan en simples pamplinas, sino que obligan, inspiran devoción y desnudan. La clave, en esas ocasiones, consiste en dar con el tema adecuado o, como dice un amigo mío, «pillar la misma onda». Esas mujeres, con apariencia de personas totalmente normales, pierden al menos la mitad de su capacidad de razonamiento, de evaluación y, por supuesto, de autoprotección en presencia de un hombre interesante. La ley básica femenina —de entre todas las explicaciones me quedo con la más agradable— posee un poder fatídico. Cualquier tipo espabilado podría con facilidad cambiar las circunstancias a su favor. ¡Hay que ver en qué juegos más complicados nos hemos llegado a meter!...

De modo que me convertí en el amante de la tal Lina. Sencillamente vivíamos juntos en una de esas benditas buhardillas de Sofia (mi mejor reportaje se titularía «Las buhardillas de la ciudad»); de vez en cuando volvía a casa para ver a mi mujer, pero el resto del tiempo fingía estar fuera, en viajes de trabajo. Sin embargo, me percaté de que, a partir de cierto momento, empezaron a aparecer objetos desconocidos en nuestra buhardilla; de repente, un día empezó a sonar un maravilloso magnetofón Uher y a mí se me antojó poco probable que algún noble samaritano hubiera decidido de manera desinteresada ponerle banda sonora a mi romance con Lina. Mi siguiente sospecha fue que tenía un doble. Soy el hombre menos celoso del mundo, pero en cualquier caso no pude evitar cuestionarme si el doble sería yo o el propietario del magnetofón Uher. La propia Lina, al parecer, también se sentía dividida ante tal contradicción. Una tarde, ella nos reunió. Me encontré con un joven alto, de unos treinta y dos o treinta y tres años, con gafas y un alargadísimo cuello más propio de una jirafa. En alguna parte había oído que cada persona se parece físicamente a un determinado tipo de animal. Yo solía encontrar semejanzas: uno me recordaba a un canguro, otro a un tapir, otro a un bulldog, etc. Me impresionó el parecido de mi doble con una cobra de anteojos. La misma postura cimbreante: idéntica cabeza algo retraída, dispuesta a atacar de forma fulminante, la misma mirada fija. Como esperando que yo hiciese de encantador de serpientes. Al principio me pareció feo y miré con acritud a Lina, que permanecía en un rincón, pálida. Después empezó a caerme cada vez mejor y hoy me parece incluso un tipo bien parecido. En lo que respecta a las mujeres, le consideran un adonis. Tiene buena planta, salvo por su cuello, excesivamente largo. Según el Hiena (y esta es su única ocurrencia ingeniosa en tres años), el cuello de El-de-la-Derecha se ha ido estirando de tanto cotillear las cartas

ajenas.

Él me saludó muy educadamente y con la más amistosa de las sonrisas, interesándose por mi bienestar y por mi trabajo como periodista, e inquirió sobre algunos conocidos de ambos. Enseguida me percaté de su habilidad para conducirse en las conversaciones triviales prestando una atención activa que resultaba muy placentera para su interlocutor. Parecía decirme: «Enseguida entraremos en materia... por ahora limitémonos a oír nuestras voces». Cuanto más me fijaba en él, más me agradaba. Más tarde comprendí que se trataba de otro de sus hechizos. Sabía cómo caerle bien a la gente.

Mientras, la imbécil de Lina permanecía en silencio en el rincón hasta que, en un momento, tartamudeando y con dosis exageradas de falso dramatismo, gritó:

—¡Os he reunido a propósito... Resolved las cosas entre los dos! ¡Lo único que os ruego es que no me preguntéis a mí! ¡No me preguntéis! —Y se cubrió los ojos con los dedos.

¡Qué escenita tan conmovedora! Me costó aguantarme la risa. Contemplé a aquel hombre desconocido frente a mí. ¿Llegaría la sangre al río? A él le pasaba más o menos como a mí; le entraban ganas de reírse. ¡De modo que es un tipo inteligente!

—¿Cuánto tiempo lleváis vosotros dos...? —pregunté, simplemente por dejar las cosas claras.

—Unos tres meses —contestó él con total franqueza—. ¿Y vosotros?

—Pues nosotros también llevamos eso más o menos...

—¿Importa acaso quién fuese el primero? —me preguntó él.

—No —repuse—, ni siquiera importa quién sea el último.

Lina se destapó los ojos.

—¡Debería daros vergüenza! —exclamó ella—. Y yo imaginándome que vosotros...

—¿Nosotros qué? ¿Que nos partiríamos la cara? —preguntó el desconocido—. ¿Para qué?

—¡Faltaría más! —añadí—. La época de los caballeros andantes es un mito. Hace mucho que nadie muere por una mujer.

Entonces el desconocido se volvió hacia mí y me preguntó con tono amable:

—¿Juega usted a las cartas?

—Sí —dije.

—¿Qué tal una partidita al *chemin de fer*? —preguntó con la misma voz encantadora—. ¿Un breve bacarrá?

—¡Por supuesto!

Me encanta enredarme en semejantes situaciones absurdas. ¡Y nada menos que con un compañero así! Al parecer, siempre guardaba en su bolsillo trasero una baraja de finas cartas plastificadas. Las sacó, ofreciéndome con elegancia elegir una carta para determinar quién haría de banca.

—Lo entiende, ¿verdad? —dijo él muy atentamente—. Jugaremos por Lina. Una mitad de ella cubrirá mi apuesta, y la otra mitad, la suya.

—¿Podríamos jugárnosla por partes? —pregunté—. En el caso de una única mitad indivisible, estaríamos jugándonosla a todo o nada en cada mano.

—Sí —respondió él—, pero ello nos conduciría inevitablemente a una tasación de sus componentes. Deberíamos llegar a un acuerdo; no se puede apostar una pierna contra una oreja, o

esa maravillosa naricilla contra esos raquíuticos tobillos.

—¡Sois idiotas! —exclamó Lina.

—¡Tranquila, señorita! —replicó mi compañero—. ¡Jugaremos a todo o nada! Lo cual significa que le pertenecerás completamente a uno de los dos.

Claro que entonces yo desconocía su habilidad para sacar justo el naipe que necesitaba. Perdí.

—Lo siento mucho, ¡de verdad! —Estrechó mi mano mientras recogía la baraja—. ¡Me cae tan bien que me hubiera gustado que la ganara usted!

—¡Vosotros no sois hombres! ¡Sois escoria! ¡Jugadores! ¡Desgraciados! —chillaba esa pequeña cabeza de chorlito.

Los dejé a los dos y me marché de allí. Estaba de buen humor. Me cayó genial aquel tipo con su pinta de cobra de anteojos. Acabaría reconociendo que se trata del canalla más inspirado y encantador con el que me he tropezado en mi vida. ¡Para que luego digan que las formas no importan! ¡No, queridos míos, las formas lo son todo! ¡Ay! ¡Ojalá dominase yo los formalismos de manera tan magnífica!

No había bajado más que unos pocos peldaños cuando él me alcanzó.

—Mil disculpas —me observaba con una sonrisa—, pero ¿se aventura usted también con otros juegucitos?

—Sí.

—Por ejemplo, ¿un juego de cinco cartas?

—¡Por supuesto!

—Digamos, el martes a las seis y media aquí. ¡Traiga un segundo jugador y yo traeré al cuarto!

Así empezó todo. Pobre Lina, transformamos su nidito de amor en un casino. Ella no pudo soportarlo y nos echó, perdiéndonos a ambos, a mí y al tipo del magnetofón. Aún me la encuentro de vez en cuando; se casó con un muermo. Me la imagino muerta de aburrimiento. ¿Dónde iba a encontrar otro par de figuras como nosotros? ¡De qué manera más admirable nos la jugamos a las cartas!

De todos modos, algo salí ganando: mi amistad con El-de-la-Derecha. Dejando de lado el hecho de que durante un año y medio él se dedicó a vaciarme los bolsillos con regularidad, éramos amigos. Formábamos un equipo particularmente bueno en lo referente a nuestro segundo juego: las mujeres. Resultó ser un muchacho con posibles, con un sinfín de relaciones, y no me refiero a cualquier tipa arrastrada, sino a criaturas más que presentables.

Para ambos, las mujeres no son más que un juego, solo que bastante más insípido que el póquer. En ocasiones, incluso hemos llegado a dejar plantados a nuestros ligues tras recibir una llamada telefónica que nos convocaba a una partida.

Debo admitir que tenemos las mejores y más maravillosas esposas del mundo. Según dicen mis amigos, me ha tocado la lotería. La mía es la encarnación de un ángel viviente, enviado a la tierra para despertar mi conciencia. Pero ¿cómo puede despertarse algo inexistente? Ya me figuro cuántas sonrisitas maliciosas provocaría la afirmación de que amo a mi mujer y de que tiemblo de miedo por ella. Al parecer, la única medida válida del amor que aún nos queda es el miedo que sentimos por lo que pueda sucederle al ser amado. Siempre pienso en ella con alegría, incluso cuando estamos peleados (invariablemente por mi culpa); me gusta pensar en ella, recordar su

rostro, sus ojos, sus palabras. Es increíblemente guapa, más guapa que ninguna otra mujer que yo haya conocido y, al parecer, aquellos que la han visto opinan lo mismo. A veces creo que por ella incluso haría sacrificios de los que no soy capaz en absoluto. Si algún día decidiese cambiar radicalmente mi persona y mi modo de vida, lo haría solo por ella. De hecho, en mi interior va fraguándose la idea de pagar mis pecados en un solo plazo: mandándome a mí mismo al demonio o convirtiéndome en otra cosa. El problema es que ignoro en qué me transformaría...

El noventa y nueve por ciento de las mujeres contemporáneas afirmarían: «¡Pues vaya! ¡Si yo tuviese un marido así, no me quedaría esperándole en casa ni loca!». Y a continuación saldrían disparadas a ponerme tantos cuernos como pelos tengo en la cabeza. El sentido de la vida para la mujer contemporánea consiste en vengarse de su marido. El problema es que la venganza tampoco llega a satisfacerlas, sino que, por el contrario, las vuelve aún más desdichadas.

Hasta la fecha, mi mujer no ha intentado ni una sola vez vengarse de mí o castigarme. Para ser sinceros, es algo que me atormenta terriblemente. Después de una de mis historias por completo absurdas, sus palabras me dejaron estupefacto: «¡Ya quisieras que yo fuese la culpable, pero ni lo soy ni puedo serlo!».».

Me sonreía con aquella nobleza angustiada —propia de ella—, como si rindiera cuentas ante Dios. Me volví loco. De repente, se desató una tormenta dentro de mí, me vi irremisiblemente arrastrado por una oleada tragicómica: reí y lloré, juré y perjuré y a punto estuve de matarme, asumiendo al mismo tiempo que nunca lo haría. Esto es algo tremendamente típico de mí: me doy cuenta de que no voy a hacer algo e, incluso mientras lo estoy llevando a cabo, sigo pensando que no lo voy a hacer.

La pura y santa verdad es que la quiero. Pero el hecho de querer a una mujer nunca ha implicado para mí que no deba querer también a todas las demás mujeres. Creo que el amor hacia una persona nada tiene que ver con el amor hacia otra persona distinta, y que la infinidad de locuras que comete en la vida la gente se debe precisamente a esa exigencia de renunciar en nombre de un amor a todos los demás amores. Por supuesto, siempre habrá quien argumente que pueden darse amores de varios tipos, que algunos ni siquiera son amores, sino puro erotismo, y que yo los mezclo según mi conveniencia para justificarme. ¡Venga ya! Cualquiera que pretenda distinguir un amor de otro por mí puede irse a la porra. El amor es el mismo con la primera y con la décima mujer. Cuestión aparte sería hasta qué punto son amor ciertos escarceos inmaduros.

De este modo, con independencia del hecho de que ame a mi mujer, me gusta con locura enamorarme. Mi debilidad son las chavalas alegres, vitales; disfruto con el bullicio, con los bailes, la despreocupación... Me deleito en esa incertidumbre que aporta una alegría completamente nueva y desconocida; adoro recibir regalos a medianoche y dejarme llevar por la admiración. Tengo una inclinación natural a sentir admiración. Con cada nuevo amor mi sangre parece renovarse. No creo que exista nada más grandioso y diabólico que la unión de las personas.

A veces me planto en la plaza de Slaveykov hacia las cinco de la tarde, cuando de todas partes acuden muchachas guapas; yo las contemplo, allí me encuentro con ellas y allí las abandono; las admiro y sufro la imposibilidad de que todas sean mías. No, no se trata en absoluto de la avidez vulgar de un hombre insatisfecho, sino de la búsqueda de lo inalcanzable.

Las historias en las que El-de-la-Derecha y yo nos vimos enredados tuvieron un cariz completamente distinto. Hubo un periodo de mi vida en que renuncié al romance y tiré por la calle de en medio; si bien nunca lo habría hecho de no ser por mi maestro de póquer, por el que sentía tanto respeto que para mí suponía un placer cometer fechorías juntos. En este punto, por supuesto, enseguida salió a relucir mi tendencia natural a intentar superar a mis maestros y demostrarles de lo que soy capaz. De todos modos, debo reconocer que, lo mismo que en el póquer, en esto mi mentor era inimitable. Cuando no jugábamos, llevábamos a las chavalas de dos en dos a aquel mismo cuartucho y nos lo pasábamos en grande. Para añadirle interés, nos inventábamos distintos roles. Aquellos juegos suponían una verdadera prueba para nuestras sagaces conjeturas. Incluso estuvimos considerando la idea de editar un estudio sobre toda una serie de experimentos acerca de las relaciones entre los hombres y las mujeres jóvenes. Por ejemplo, analizábamos detalladamente ese momento crucial, clave para dichas relaciones, en que —por así decirlo— una persona deja de ser un extraño para convertirse en alguien cercano. Si a todo ello le sumamos la increíble capacidad de mi amigo para consolar, nuestro triunfo garantizaba un recuerdo perdurable en el campo contrario.

Durante todo aquel tiempo, mentía sin pudor a mi mujer fingiendo que me dedicaba a no sé qué negocios o que estaba jugando a las cartas. Estoy casi seguro de que ella sospechaba la naturaleza de mis actividades, pero jamás se dio por enterada. Seguía tratándome con el mismo amor y cariño, lo que casi me impulsaba a querer confesarle todo con pelos y señales. Disfruto de autoinculparme, autodenunciarme y autodenigrarme hasta el punto de dejarlos a todos mudos de asombro. Sin embargo, para que ello suceda, necesito un público idóneo que me predisponga. Mis estallidos resultan tan drásticos y sobrecogedores que dejan a todos boquiabiertos y acaban por considerarme un milagro de sinceridad y valentía humana.

Cuanto más hablo de mí mismo, más disfruto. Lo malo es que a veces me dejo llevar por la pasión y al final alguien se da cuenta de que acabo de sacarme de la manga mi última improvisación. En cuanto a las mentiras, me sumerjo tan a fondo en mis fantasías que a veces me cuesta distinguir de ellas la verdad, y muchas veces acabo tomando la mentira por verdad. Me gustaría creer que se trata de un acto de violencia arbitraria por parte de mi imaginación, la cual no puede evitar deformar los hechos sin que importe en beneficio de quién.

El Jefe era quien mejor sabía explotar esa cualidad mía. Me pasaba unas historias de lo más estúpidas e insulsas que yo, con gran entusiasmo, transformaba en patrañas desvergonzadas. Recuerdo, por ejemplo, cuando hace años los campesinos búlgaros atravesaban una situación realmente difícil y el Jefe me hizo redactar un reportaje sobre cómo todos los trabajadores de las cooperativas se estaban comprando coches Moskvitch en masa. ¡Diantres! Aquello supuso tal despliegue de majaderías altisonantes que hasta llegaron a concederme un premio literario. Publicaron mi reportaje en primera plana y aún me parece estar viendo la imagen de aquel campesino risueño, en una fotografía plasmada por uno de nuestros artistas más destacados. Fue cuando —por primera vez— mi amigo Petso se decepcionó conmigo. Más tarde se decepcionaría con frecuencia, entonando su sempiterna perorata sensiblera:

—¡No me esperaba eso de ti! ¡No me lo esperaba!

Lo malo es que yo tampoco me esperaba eso de mí mismo. En general, nunca consigo anticipar

hasta dónde seré capaz de llegar y en qué acabaré enredándome.

La partida continúa. A Genádiev se le han acabado los cigarrillos y ahora parece malhumorado e irritable. Vuelve a perder. Nosotros le rapiñamos algún pavo al Hiena, pero el muy cabrón se recupera a costa de la cartera del tío Petko. Querido tío Petko, ¡no te la juegues con nosotros! Juega con tus amigos, a céntimo la ficha, perderás un par de levas y habrás pasado un buen rato. Jugar con nosotros es terrorífico. Pero, por lo visto a ti, al igual que a mí, te gusta jugar con los más grandes. Cada leva arrancada al Hiena equivale a cien levas ganadas a cualquier otra persona. Lo más terrible en el póquer es la ambición. Si te vuelves ambicioso, estás acabado. Petso solía afirmar que la ambición indica un espíritu mediocre. Gracias a Dios, es el único vicio que no se me puede achacar...

El-de-la-Derecha me da un ligero pisotón. ¡Lo capto! ¡Casi se me pasa! ¡Ahora toca la trifulca! Son las tres y cuarto. Ya vamos por la cuarta baraja. Son las últimas manos. Las apuestas del bote son a diez levas; suman un total de cuarenta. Un olor a pólvora impregna la partida. En realidad, ahora empieza el auténtico gran juego, las últimas rondas. Quien dé un paso en falso no podrá recuperarse sin la ayuda de la Providencia. Nos acechamos unos a otros, con crueldad y desconfianza; los faroles son ocasionales; no hay leones, sino que solo quedan hienas y chacales. Esta hora precisa resulta más extenuante que cualquier trabajo intelectual hasta el punto de hacer que la cabeza dé vueltas. También es el momento en que nos marcamos las trampas más descaradas, puesto que nuestra atención sobrecargada a menudo nos traiciona.

Va siendo hora de que el Hiena —tras haberse zampado tantos cacahuetes— pida agua, que mi socio le servirá. Pero esperamos en vano. El tipo no parece tener sed, se queda sentado e inmóvil, estirando su grueso cuello y gruñendo:

—¡Apoquina!

¡Ah, yo sí que te apoquinaría una buena dosis de estricnina!

No tiene sed. No nos queda otra opción que poner en práctica el burdo truco de la trifulca.

Abre El-de-la-Derecha, los otros dos se retiran, y yo digo en voz alta:

—¡Ciento veinte!

El-de-la-Derecha se demora a propósito, mira sus cartas y pocos segundos después sube mi apuesta:

—¡Trescientos sesenta!

Ahí está el motivo de la bronca. Yo replico tajante:

—¡Has tardado demasiado! ¡Solo se aceptan ciento veinte!

Insiste con una sonrisa burlona:

—¡Trescientos sesenta!

Entonces estallo:

—¡Pon ciento veinte y juega! ¡De lo contrario, pierdes!

—¡Trescientos sesenta! —repite él tan campante.

Mientras, yo me altero ante su cabezonería y le lanzo mis cartas a la cara advirtiéndole que se guarde sus trucos baratos para algún otro incauto. Él se limita a reír de manera repugnante. Le

dedico unos cuantos epítetos; mi socio salta diciendo que se niega a seguir jugando si me atrevo a poner en duda su honestidad. Pronuncia las palabras como una persona totalmente honrada. Enfurecido, me guardo la pasta en el bolsillo y me dirijo con decisión hacia la puerta.

En ese momento, el tío Petko y el Hiena se levantan. Tratan de engatusarme y de persuadirme de que no es de recibo fastidiar la partida tan cerca del final. Proponen que anulemos esa mano. Al principio, me niego a dar mi brazo a torcer, quiero marcharme, pero al final, tras un tenso tira y afloja, vuelvo a sentarme, resignado...

Mi socio también se sienta. No le aguanto, juego con brusquedad. En la mesa reina un nerviosismo general. El Hiena se demora sin querer y vuelve a montarse otra escaramuza. El-de-la-Derecha me mira por encima de sus gafas. Todo va bien. Farfullamos todos a la vez, gesticulamos, el Hiena —vehemente y ofuscado— da explicaciones y entretanto aprovechamos para sustituir la baraja de nuevo. Ahora se encuentra en el bolsillo de mi socio, que se ausentará al baño para ordenarla a nuestra conveniencia. Aestaremos nuestro golpe definitivo con la baraja antigua, puesto que el Hiena ha marcado la mitad de las cartas y después las revisará atentamente. Con la nueva baraja, en cambio, jugaremos unas cuantas rondas insignificantes o tal vez ni lleguemos a jugar con ella.

Mientras El-de-la-Derecha se dirige al baño, recojo las cartas. En ese momento, me pongo a aleccionar al Hiena sobre la cuestión de la demora en las apuestas. Habíamos acordado que la apuesta debe hacerse dos segundos después de que el jugador anterior se haya pronunciado; de lo contrario, se pierde el derecho a subir la apuesta. El Hiena se enfada, yo le llevo la contraria, dispuesto a armar otra bronca. De vez en cuando tengo la sensación de que el odio se trasluce en mi cara y apenas si puedo evitar gritarle: «¡Te vas a enterar, so burro!».

Soy muy bueno armando broncas. Eso lo sabe todo el mundo. ¡Toda un hacha! Le das cuerda a alguien y luego te sientas cómodamente a disfrutar del espectáculo. En la redacción del periódico —y en todas partes—, la gente evita a toda costa discutir conmigo porque saben que me gusta armarla. Mi especialidad es el altercado directo. Actualmente, esa clase de broncas casi no se dan, y la vida social transcurre de manera insípida y aburrida. Una vez, mi jefe tuvo la idea de arremeter contra el vanguardismo en el teatro. No creo que se le ocurriese a él; lo más probable es que le escuchase a algún antiguo condiscípulo que era hora de desarrollar una campaña, pero ¿en contra de qué? Aquí es donde su ingenio le fue de utilidad. Decidió tomarla con el vanguardismo, porque nadie en realidad sabía a ciencia cierta en qué consistía el dichoso vanguardismo, y se podía discutir de ello hasta la saciedad. Ni siquiera quedaba del todo claro si en nuestro país existía el vanguardismo o no. Tras dudarlo un poco, decidimos que, aunque no existiese, nosotros lo denostaríamos de todos modos, por azuzar la polémica. Cómo no, me encargaron el trabajito a mí. Empecé mi escabechina con un artículo muy impertinente en el que, después de derramar algunas lágrimas por el desconcierto del espectador medio que asiste perplejo a una obra (sin entender nada), aturdido por todo un despliegue de alegorías y símbolos, y termina viéndose forzado a devanarse los maltrechos sesos resolviendo acertijos, pasé directamente a despacharme a gusto contra media docena de directores. Mientras componía aquel artículo escandaloso (bastante sincero y espontáneo), me lo pasé de lo lindo, saltando de un absurdo a otro, largando lo primero que se me pasaba por la cabeza y sonriendo malévolamente para mis adentros al imaginarme

sus graves consecuencias. Porque, en este país, semejante palabrería siempre se toma muy en serio. No me equivocaba. Cierta crítico decente me replicó tímidamente con un artículo suyo, pero luego se sumaron los clásicos oportunistas que gustan de pescar en aguas revueltas armando un gran jaleo en el que ambos bandos citaron mi nombre unas cincuenta veces. En el teatro cundió el pánico, y me temo que rodaron algunas cabezas.

El Jefe y yo estábamos exultantes. Habíamos defendido la pureza del arte, el realismo, etc. En determinado momento llegué a convencerme de que si aquello había tenido un efecto tal sería porque realmente se había dado el vanguardismo en el teatro. Sea como fuere, aún hoy, desconozco sobre qué escribí en realidad, ni qué diantres es el vanguardismo, y no me importa lo más mínimo.

Solo despertaría mi curiosidad si alguien demostrara la existencia del vanguardismo en el póquer. Supongo que en ese caso lo entendería...

Aparte de eso, con frecuencia armaba broncas por dinero. Por aquí es costumbre que a uno le paguen la misma cantidad de dinero, independientemente de si ha escrito la mayor bazofia o algo muy decente. Este principio me escocía en la vanidad; en primer lugar, porque me situaba a la misma altura que determinados zoquetes que apenas si chapurreaban el búlgaro; y, en segundo lugar, porque perdía tanto al póquer que cada vez necesitaba más recursos para seguir apostando. Hubo incluso una temporada —aún me pasa— en que cuantificaba mis pérdidas por artículos. Por ejemplo, esta noche llevo perdidos cuatro artículos; sin embargo, anteanoche salí ganando uno y medio, o me sacaron una cooperativa agrícola, una siderúrgica y una nave de limpieza de pescado, o gané media explotación ganadera...

Por cierto, soy tan bueno escribiendo reportajes que ni siquiera necesito ir al lugar de los hechos personalmente. Cualquier posible conflicto en mis reportajes se reduce a tres situaciones básicas:

1. Una persona cree, y la otra no cree. Al final ambas creen.
2. Ambas personas creen, pero los demás no les creen. Al final todos creen.
3. Ambas personas creen, y los demás también les creen, pero se enfrentan a dificultades objetivas. Tiene lugar una lucha y al final los vencedores exhalan un profundo suspiro y creen.

Debo reconocer que he redactado montones de reportajes por teléfono o a partir de habladurías; sin embargo, algunos de ellos fueron reportajes realmente buenos y, como suele decirse en ciertos panfletos, exploraban el destino humano.

Si algún día gano una buena suma al póquer, me dejaré de reportajes y crearé un género literario nuevo: el escarnio. Tendrá formatos extendidos y otros más resumidos —desde el escarnio total a la mofa inofensiva—. Será un género que muy pocos querrán usar, pero a mí me abrirá todo un abanico de oportunidades genuinas.

Únicamente Petso desaprobaba mi actividad literaria; venía a verme, se sentaba ante mi mesa y me suplicaba:

- ¡Para ya! ¿No te da vergüenza? Sé que son solo bromas de mal gusto y que tú no eres así.
- ¿Y cómo soy yo? —le pregunté—. ¡Un tipo anti-social, amoral, antipatriótico, antihumano!
- No —replicaba el pobre Petso—, sencillamente eres un desgraciado que no puede ocultar su

doble naturaleza y que siempre admitirá dos soluciones mutuamente excluyentes.

—¡Pues bien que se aprovecha de mí la sociedad! ¡Yo hago un trabajo útil! ¡Incluso mi dualidad, sea la que sea, ya es un hecho socialmente útil en sí! —le grité.

—Por favor, te lo ruego —me dijo—, ¡al menos conmigo intenta ser tal y como sé que eres!

Eso me conmovió. Entonces, según él, yo no soy como se figuran mi jefe y El-de-la-Derecha. Qué interesante...

—Prométeme —dijo— que ya no escribirás ni una sola línea más y que nunca volverás a jugar al póquer.

—¿Qué tendrá que ver mi afición al póquer con mi labor periodística? —le espeté con sarcasmo.

—La relación estriba en que tú juegas al póquer como un periodista y escribes reportajes como un jugador de póquer —repuso el amable y honrado Petso.

—¿Y por qué no debería haber tipos como yo? ¿Por qué no? ¿Por qué no ser una pequeña flor apesosa que difunda su suave hedor en el Valle de las Rosas? Si soy el único de mi tipo, ¡no llegarán ni a olerme!

—Por lo que veo —dijo él al final de aquella desagradable conversación—, tendré que propinarte tal paliza que terminarás apesándolo todo.

Es cierto. Habría podido darme una buena tunda sin despeinarse porque era un tipo más robusto que cinco hombres juntos. Pero el pobre me quería; no sé por qué, pero me quería... probablemente el amor a los desgraciados como yo le hacía sumar puntos para el Cielo...

La partida continúa. Mi socio regresa. El Hiena le observa con mirada burlona. El muy tonto pretende hacer algún chistecito, pero no sabe ni cómo expresarse.

—¡Muy pronto te ha dado el apretón! —le dice el Hiena.

—¡Mejor ahora que después del juego! —responde el socio con una sonrisa enigmática.

Esa es la expresión que adopta cuando quiere infundir miedo. Le miras —como a la cobra de anteojos que es— y sientes que el suelo cede bajo tus pies y que puede sobrevenirte algo de cualquier parte.

El Hiena carece de esa sensibilidad. Estoy seguro de que en su imaginación no hay más que billetes y carteras.

Mi socio se sienta. El tío Petko distribuye las cartas en silencio. Ahora solo queda un único paso hasta el final. Cuando le toque repartir a El-de-la-Derecha, dará el cambiazo. Entrará otra vez en juego la baraja que hace bien poco escamoteamos delante de sus propias narices. Se confrontarán dos escaleras de color. Una la recibirá el Hiena en el reparto, mientras que yo completaré la mía con dos descartes. Por supuesto, superará la del Hiena. Nadie se permitiría semejante osadía, pero, aun así, existe una posibilidad entre un millón de que eso ocurra. ¿Por qué no habría de ocurrir esta noche? Es más, ¿qué podría demostrar el Hiena? Inmediatamente después del reparto, mi socio irá al baño y echará la segunda baraja por el retrete. Si optamos por cachearnos unos a otros, estaremos limpios. Ahora comprendo por qué invitó al tío Petko. ¡No seríamos capaces de caer tan bajo delante de un hombre tan honrado!

Todo va según lo previsto. Encima, el Hiena por fin pronuncia la tan esperada palabra:

—¡Agua!

Parece que los cacahuets no han sido en vano, después de todo. Ese cretino deberá tomar el vaso y acercárselo a los labios, es decir, que, durante una fracción de segundo su atención se distraerá. Teniendo en cuenta las habilidades de mi socio, eso será suficiente.

Con expresión pétrea, junta las cartas que le ha repartido el tío Petko y abre la ronda. Por un instante, me quedo absorto ante los preliminares psicológicos que despliega mi socio. Es intelecto en estado puro. De ahora en adelante, cada una de sus acciones, cada movimiento, cada mueca se hallará subordinada a un objetivo estrictamente definido. Ha alcanzado el culmen de su perfección como jugador: una combinación entre pasión y máquina cibernética altamente especializada para jugar al póquer. Conozco tan bien la forma en que se inclina sobre la mesa, su característica postura encorvada. Se comporta como el dueño absoluto e incontestable de la situación. Comparado con él, el tío Petko no es más que un pardillo que ha terminado aquí por casualidad, mientras que yo soy un idiota mentalmente perturbado, y el Hiena, un depredador de medio pelo.

Recuerdo las primeras clases, cuando empezamos a jugar juntos, pero aún no éramos socios. Me maravillaba el hecho de que en su forma de jugar no hubiese nada casual. Sus partidas constituían análisis psicológicos magistrales. En los primeros minutos, ya había desentrañado el carácter de los jugadores desconocidos, y veinte minutos más tarde ya era capaz de escribir sus biografías. A partir de ahí adaptaba a ellos todo su juego. Engañaba a los románticos con trucos efectistas, casi sentimentales, con gestos tan nobles que ni notaban cuando les vaciaba los bolsillos. A los jugadores tacaños y duros les asestaba golpes brutales en los primeros cinco minutos, tras lo cual ellos abrían su juego, y él se embolsaba el dinero a manos llenas...

Una vez tuvimos que esperar juntos a dos tipos para una cuadrilla. Finalmente aparecieron y, antes de repartir las cartas, me advirtió:

—Ojo con el primero, parece un poco alelado, pero se las arregló para revisarlo todo, incluso husmeó debajo de la cama... Juega contra el segundo: se olvidó de cerrar la puerta y ¡fíjate cómo rebusca el dinero en sus bolsillos! Un tipo que no sabe dónde se ha metido el dinero normalmente desconoce cuánto tiene y, por supuesto, es incapaz de conservarlo...

Durante la partida no solo vigilaba atentamente el movimiento de las cartas, sino que calibraba también la resistencia psicológica del oponente, sus dudas, su temor, su propensión a retirarse, etc.

El veinte por ciento de sus faroles funcionan, porque sabe bien cuándo meter miedo. Además, es más astuto que el demonio a la hora de tender emboscadas, siendo capaz de pasar llevando buenas cartas. Siempre actúa a la ofensiva. Una vez metido en faena, su juego se vuelve aterrador, no hay quien le aguante el ritmo, uno se desanima y se derrumba.

Su comportamiento fuera del póquer es exactamente el mismo. Trabaja en una central comercial y allí le consideran el número uno. Concentra en su persona el corazón y el cerebro de toda la actividad comercial de su oficina; sin él no podrían ni respirar. Ocupa un cargo bastante elevado para su edad. Me puedo imaginar el desparpajo del que hará gala en sus negocios.

«En este mundo de tontos es imperdonable perder», sentenció una vez.

No era ninguna fanfarronada, sino su creencia fundamental. Disfrutaba poniendo en evidencia las

debilidades de los demás. Siempre me ha parecido que solo conseguía ser feliz si lograba timar a alguien, especialmente si se trataba de un contrincante fuerte.

Todos los que le conocen le auguran un gran futuro.

—No olvides —me dijo— que resulta más sencillo jugar con dinero público.

Con treinta y tres años tiene fama de ser una de las personas más inteligentes, astutas y flexibles que sus amigos y yo hayamos conocido. Si a ello le añadimos su autoconfianza y su perfidia innata, su futuro se presenta muy brillante. Domina a la perfección tres idiomas, cuenta con contactos excepcionalmente sólidos y fuertes y —por lo que he comprobado— dondequiera que va se vuelve indispensable. A los cinco minutos ya es imprescindible. Su cerebro electrónico funciona de manera impecable, analizando las situaciones más complicadas, buscando soluciones, dando consejos y, por supuesto, todo cuanto hace le es debidamente remunerado. No le preocupa lo más mínimo a qué país sirve ni qué causas o ideas promueve. Lo importante es ganar tantas batallas como sea posible. Su verdadero ídolo es Talleyrand.

Con treinta y tres años, las mujeres ya no tienen tanto interés para él, selecciona sus placeres con cuidado, dado que le sobra tiempo para disfrutar de las mismas cosas. El otro día me comentó algunas ideas para novelas policiacas que me parecieron impresionantes. El protagonista, en quien me pareció adivinar alguno de sus rasgos, era tan sobrehumano que James Bond a su lado no pasaría de ser un idiota arrogante.

Ahora, viéndolo inclinado sobre la mesa, preparado para el último combate, no siento sino admiración por él. Posee todo aquello de lo que yo carezco y, con toda seguridad, mis ideas intrascendentes y mis sentimientos primitivos le resulten incomprensibles. ¡Cómo me gustaría parecerme a él! Aunque es más que evidente que ni siquiera puedo aspirar a imitarle. Me parece que, con al menos una décima parte de su carácter, mi vida tomaría un rumbo mucho más prometedor...

Me toca repartir. Falta un minuto, tal vez dos, para alcanzar el objetivo final de esta noche. El Hiena vuelve a repetir:

—¡Dame un poco de agua!

—¡Espera un segundo! —responde mi socio en tono brusco.

Miro mis cartas. Cero patatero. Ellos juegan, yo paso, aguardando al reparto final y decisivo. Los tres han entrado en el combate y, por lo que puedo entender, mi socio dejará que el tío Petko le gane algo de pasta al Hiena...

Contemplo los fajos de dinero ante mí y vuelvo a acordarme de mi mujer. Con toda seguridad no estará dormida. Siempre que vuelvo de una partida de póquer nocturno, está despierta. Me imagino a mí mismo entrando en casa y volcando el dinero que he ganado sobre la mesa. Me gustaría mucho que ella se pusiera contenta al verlo. Pero el dinero nunca le ha impresionado. Es una mujer muy particular. En casa no se habla de dinero. Ella ni sabe ni quiere saber cuánto gano. Basta con que haya algo de dinero para comida. Una noche, hará unos meses, regresé con un botín de varios cientos de levas y volqué el dinero sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —me preguntó preocupada.

—¡Mis ganancias! —repliqué con suficiencia y arrojé el dinero al aire.

—¿De eso se trata? —me preguntó con un tono que me descolocó.

En ese momento, ¡deseaba tanto que ella fuera feliz, que me hiciera comprarle algo, darle el dinero!

—¿Lo quieres? —le pregunté dispuesto a dárselo todo.

—¿Qué iba a hacer yo con él? Hay comida en el horno, sírvete...

Cinco minutos después me preguntó:

—¿Realmente te hace feliz haber ganado?

—Por supuesto —dije y empecé a jactarme—, ¡machaqué a aquellos capullos; les vacié los bolsillos y les di una buena lección para que no me olviden!

Me encanta fanfarronear. Además, conozco un millón de trucos para hacerlo sin herir el amor propio de los demás.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Cómo que por qué? ¡Porque sí! —No terminaba de comprender—. ¡Es un juego!

—¡Un juego! —repitió ella pensativa—. Me parece que para ti no es tan solo un juego.

—¡Pues claro! —exclamé según tenía por costumbre—. ¡Para mí esto es la vida!

Ella me miró apaciblemente y luego me pidió:

—Por favor, quita de la mesa ese dinero. No quiero ni verlo. Es solo que me cuesta creer que al fin y al cabo hagas todo eso por dinero.

—¿Y qué propones? ¿Que pierda?

—¡Tal vez sería mejor que perdieses! —Después de lo cual dijo algo que me dejó de una pieza—: ¿Por qué a todo el mundo le aterrata tanto perder?

Lo juro por Dios, no daba crédito a sus palabras. Miré el dinero y empecé a recogerlo muy despacio. Debería haberlo quemado. No sé por qué no lo hice. Pensé que ya no volvería a jugar a las cartas ni a ningún otro juego. Pero al día siguiente, cuando mi socio llamó por teléfono, otra vez estaba dispuesto...

En lo que respecta al dinero, solo me importa en la medida en que me permite jugar al póquer. Nunca he sido avaricioso, nunca lo he ido guardando billete a billete para comprarme un coche, un pisito, una casa de campo o ninguna otra cosa. Naturalmente, cuando estoy sin blanca, me pongo de mal humor. Además de servir para jugar al póquer, el dinero también es útil para comprar el pan y viajar en tranvía.

El tío Petko realmente ganó y hasta cierto punto compensó sus pérdidas. Mi socio me mira fijamente y dice:

—¡Baraja las cartas!

Se levanta y va a la cocina para traerle agua al Hiena.

Esta es la señal. Ahora tendrá lugar el cambio de barajas y empezarán las apuestas a lo grande.

Estoy inquieto. Mis manos tiemblan y siento cómo un escalofrío gélido recorre mi cuerpo; mi lengua está reseca y pegajosa.

Barajo los naipes sin parar. He aprendido la técnica y puedo barajar magistralmente. En mi caso no puede quedar ninguna duda de que las cartas hayan sido barajadas a conciencia. No obstante, el Hiena está muy pendiente. Se mantiene atento, con su cara rechoncha inclinada hacia delante y frunciendo sus ridículas cejas rojizas.

—¡Te pasas barajando tanto! —apunta el tío Petko.

—¡Es para que salgan en el orden bueno! —respondo.

Cuando quieres que alguien no te crea, dile la verdad a la cara.

—Bueno —dice el tío Petko iluso—, ojalá os caiga un póquer a cada uno, siempre y cuando a mí me toque una escalera de color baja. ¡Así me resarciré de todo el dinero que me habéis mangado a lo largo del año!

—¿Es eso lo que quieres? —Sonrío, hecho un manojo de nervios sin poder remediarlo. (¡Va a ser la bomba!).

Mi socio regresa con el agua y la coloca delante del Hiena. Yo barajo las cartas una última vez, corto el mazo y lo planto delante de El-de-la-Derecha. Él ocupa su sitio, saca su pañuelo para secarse las manos, el Hiena alcanza el vaso y mi socio se guarda el pañuelo. Esta vez logré ver cómo dio el cambiazo. Con la mano izquierda sacó la baraja que ocultaba junto con el pañuelo y se secó las manos; en el momento en que el Hiena arrimaba el vaso a sus labios, mi socio tomó con la mano derecha las cartas barajadas, las envolvió tranquilamente en el pañuelo en lugar de la otra baraja y se guardó el pañuelo junto con las cartas cambiadas en el bolsillo. El Hiena apuró el vaso de agua. El tío Petko observaba atentamente. Por supuesto, no apreció nada.

—¿Has cortado? —me pregunta El-de-la-Derecha.

—¡Sí! —le respondo.

¡Empezamos! ¡Empezamos! ¡Que Dios nos asista!... La primera carta..., la segunda carta...

Un miedo repentino hace presa en mí. Lo que siento no es tensión, ni desasosiego, sino un temor salvaje e insuperable. Empiezo a temblar. Una amenaza mortal pende sobre mí y no tengo donde refugiarme; mi castigo es inevitable. En mi mente no hay ningún pensamiento, mi voluntad está debilitada al máximo y no puedo controlarme. Se trata del mismo miedo que me viene persiguiendo desde hace mucho mucho tiempo, desde mi adolescencia; un miedo omnipotente y sin motivo aparente. Alguien está acechando en la oscuridad, alguien se acerca a la cama, una mano fría se desliza por mi frente, veo centellear unos ojos terribles y una abismal boca desdentada abriéndose, casi puedo oír la horripilante carcajada de una vieja siniestra; algo indeterminado se acerca a mi garganta, como si una gélida serpiente trepase por mi pecho... y me desmayo.

Soy la persona más cobarde que pueda haber. Siento tanto miedo que antes de acostarme reviso el armario, me asomo debajo de la cama, compruebo si las puertas están convenientemente cerradas con llave y tiemblo como una hoja. En los momentos de total desamparo y desesperación, rompo a aullar, dispuesto a lanzarme a los pies de cualquier dios salvador.

Lo que más me atemoriza es la muerte. Ante la idea de que en algún momento dejaré de existir me pongo enfermo, todo a mi alrededor pierde sentido y no soy capaz de hacer nada en absoluto. Por ese motivo no soporto a la gente enferma ni a los difuntos, ni los ataúdes y demás. Sencillamente me repugnan, al igual que mi propio cadáver futuro. Es imaginarme su frialdad nauseabunda y me entran ganas de inmolarme.

De todos modos, la idea de la muerte también me hace increíblemente libre. Después de sentirme aterrorizado, y de que se haya disipado el miedo, de pronto me libero de mi cuerpo y empiezo a dar mi temerario periplo por el universo. Intento hacer todo lo que se me pasa por la cabeza, precipitándome en todas las direcciones posibles. Es como si tuviera la capacidad

plasmática de convertirme en lo que quiera...

¡Pero ahora tengo miedo! ¡Algo va a pasar! ¿No estaré fantaseando más de la cuenta?

Bueno, aquí viene la tercera carta. Sé al pie de la letra lo que va a ocurrir, pero sigo asustado. Precisamente por saberlo.

El-de-la-Derecha reparte con frialdad mecánica. Su sempiterna máscara empieza a darme asco; cuánto me gustaría que en su lugar estuviera el simpático y dulce Petso con sus interminables reflexiones sobre mis locuras y sobre ese futuro periódico nuestro en el que no habrá cabida ni para el Jefe ni para mi afición al póquer.

¡La cuarta carta! Yo obtendré mi escalera, pero tendré que pedir dos cartas para completar una escalera de color. El Hiena ya habrá recibido una escalera de color. Puede que aguarde una quinta carta con la que rematar su jugada. Ahí está, puedo ver cómo ese miserable aprieta los naipes con más fuerza, con los dedos aferrados. Es señal de que lleva una buena mano. Espera su quinta carta. Obtendrá justo la que desea. ¡Justo esa! ¡Que le aproveche!

Mi ansiedad empieza a disiparse. El miedo se transforma en debilidad. Sé que a continuación llegará la indiferencia. Aquel instante de obcecación por completo carente de sentido. Tal vez mi alma esté anticipándose a alguna sorpresa aciaga; acaso todo esto no sea más que el presentimiento de un final inesperado y desdichado; quizá los billetes que tengo frente a mí desaparecerán para siempre en los bolsillos sin fondo del Hiena...

¡Lo he visto! Al obtener la quinta carta apretó aún con más fuerza los dedos. Después empezó a ordenar las cartas como hace siempre. Con los mismos movimientos precisos. ¡Qué tío más implacable! Ninguna otra cosa denota el valor enorme de las cartas que tiene. Es simplemente increíble. ¡Inhumano!

Miro con lástima mi humilde escalera. Descartaré un par de naipes y me haré con una escalera de color más alta que la suya. No puedo ni imaginármelo. Ni me lo quiero imaginar. En estos momentos solo anhelo tranquilidad, una calma prolongada capaz de abarcarlo todo. ¿Dónde demonios podría encontrarla?

De pequeño deambulaba monte arriba, hacia las praderas de Boyana. En aquellos días la hierba (¡menuda hierba crecía entonces!) alcanzaba un metro de altura y yo solía pasarme el día tumbado sobre ella, contemplando el cielo, riéndome, lleno de presentimientos felices. Era una suerte de consciencia de la vida, de su pulso latiendo en mi cuerpo, en mi sangre. Todo me resultaba tan agradable, tan placentero. Jamás pensé, ni llegué a imaginarme que acabaría enclaustrándome en semejante cuchitril apestado de tabaco, que me pasaría los días y las noches enfrascado en papelitos de colores y que tomaría todo eso en serio... Dios mío, no soy yo mismo, soy otra persona o, como decía un loco: «¡Me han cambiado! ¿Cuándo? ¡Mientras estuve fuera me reemplazaron, metiendo a otra persona en mi propio cuerpo! ¡Otra persona!».

Tonterías. ¿Desde cuándo soy así? O tal vez siempre haya sido así y tan solo tenía que manifestarse. El Jefe y El-de-la-Derecha ejercieron de catalizadores...

En estos momentos no ansío nada más que paz y sosiego... Estoy dispuesto a renunciar al juego, de la misma manera que estoy dispuesto a renunciar a mis reportajes. Pero, aunque yo no lo dejase por mi cuenta, los demás me harían desistir. Ya nadie se traga las patrañas baratas, a nadie le interesa leer esa bazofia y, al parecer, la época de mis reportajes ya pasó, lo mismo que el Jefe.

Solo que él se fue hacia arriba, y yo, hacia abajo...

¿Qué haría El-de-la-Derecha si yo le confesara ahora al Hiena que sé las cartas que tiene entre manos, que conozco también cuáles son las cartas que siguen en la baraja y que todo esto no es más que un timo? ¡Un timo! ¡Venga ya! ¿Avisar al Hiena? ¿Tener con él ese gesto noble? ¡Ni hablar! De todas formas, sería interesante ver la reacción de ese zoquete. Probablemente ni siquiera me lo agradecería, sino que se limitaría a resoplar, se marcharía y no volvería a jugar con nosotros. No. Volvería a jugar, pero en esa ocasión no comería cacahuets ni bebería agua...

Cuando El-de-la-Derecha me propuso esta tremenda maniobra contra el Hiena y me explicó por primera vez su plan, rompí a chillar de júbilo. Pero después, en casa, me sentí mal. No es que tuviera cargo de conciencia, sino que yo mismo me puse en la piel del Hiena... Se lo conté al socio.

Él sonrió condescendiente y, dándome una palmadita en el hombro, respondió:

—¡Tus escrúpulos están completamente injustificados! ¿Qué es la vida sino una cadena interminable de maquinaciones de todos contra todos? Mira a tu alrededor, aguza bien el oído y, si no pasan trenes, ¡cruza las vías!

Miré a mi alrededor, agucé el oído y crucé las vías, puesto que no se acercaba ningún tren. Esa fue la verdad. Mi jefe se confabuló conmigo contra algunas personas de la oficina; luego resultó que estaba aliado con otros en mi contra y por eso me sacrificó; ahora, ¡sabe Dios con quién andará asociado y contra quién! Yo mismo me veo involucrado en toda clase de tramas, por no hablar de los demás... Tal vez se libren de ello solo Petso y gente que no conozco...

Todo el mundo participa en alguna trama, me dije entonces con decisión. La palabra «vida» podría sustituirse fácilmente por su equivalente moderno: «maquinación». Entonces hablaríamos del siguiente modo:

—¿Él sigue maquinando? (¿Sigue vivo?).

—¡Oh, no, sus días de maquinar se han acabado! (Está muerto).

—¡Cómo me apetece maquinar! (¡Qué ganas tengo de vivir!), etc.

El-de-la-Derecha y el Jefe me convencieron de ello. Sin embargo, mis maquinaciones en tándem con el Jefe terminaron mal para mí, y quién sabe cómo acabará la trama de esta noche. ¿Qué ocurrirá?

Otra vez me encuentro dispuesto a renunciar a todo. Suplico calma, suplico no jugar. Basta, no quiero hacerlo más, no quiero...

Quisiera estar en casa, muy tranquilo, tumbado junto a mi mujer y que hablásemos en voz queda, da igual de qué, y que, cuando fuese a la editorial, me dijese: Ocúpate de este tema, pero, como siempre, sé despiadado. ¿Despiadado? ¿Hacia quién? ¿Realmente me compadezco de mí mismo?...

Quisiera encarnar una combinación de bondad, fuerza sosegada y algo de talento, porque en el fondo sé bien que no son tiempos estúpidos, sino que el estúpido soy yo, por justificarme en los demás, siendo yo el culpable de que la tierra no me impulse, sino que soy yo el que salta en su superficie como una pulga enloquecida y no hago más que saltar y saltar...

Las cartas están en nuestras manos. Empieza el gran y terrible golpe.

—¡Abro yo! —dice el Hiena con la escalera de color en las manos.

—¡Subo el triple! —replico yo, según lo acordado—. Ciento veinte levas.

El tío Petko y mi socio pasan de apostar. Tendré que asestar yo el mazazo.

—¡Trescientas sesenta! —dice el Hiena sin inmutarse.

Me entusiasmo. Puedo sentir el inminente revés en mi mano, mis hombros tiemblan, me invade una dulce sensación de éxtasis y grito impulsivamente:

—¡Por tres!

La prudencia del Hiena prevalece. En total, suman mil ochenta levas, aparte de las cuarenta iniciales del bote.

—¡De acuerdo! —dice él—. ¡Pon la pasta!

Rápidamente saca sus fajos. ¡Vaya truco barato! ¡Para hacerme pensar que va de farol! Arroja un billete de diez levas y le añade cuatro de veinte.

Mi dinero está contado hace mucho, me limito a ponerlo con decisión, como un gran jugador.

El tío Petko está atónito.

—¡Pero ¿qué hacéis, muchachos?! ¡Esto es excesivo! —Se pregunta a qué clase de lugar ha ido a parar.

Esta partida no es como esos inofensivos juegos con apuestas a un par de levas. Aquí huele a pura criminalidad.

El-de-la-Derecha se ha escabullido al baño. Ni me di cuenta cuando se levantó. Al volver, repara en la pila de dinero que hay en el bote y exclama:

—¿Qué pasa aquí?

—¡Esto ha dejado de ser un juego! —dice el tío Petko—. ¡Parad de una vez!

Mi socio sonrío. Por lo visto está contento conmigo.

—¿Habrá un diez por ciento para el anfitrión? —pregunta jovialmente.

Todo el dinero está en el bote. El Hiena y yo nos miramos desafiantes. Me siento electrizado. ¡Se avecina algo magnífico!

—¿Cartas? —pregunta el socio sin borrar su sonrisita.

—¡Voy servido! —El Hiena no me quita ojo de encima.

Reflexiono un instante. Me sumerjo completamente en el juego, empiezo a temblar y a sentir admiración por mí mismo. Finjo ser un embustero que acaba de darse cuenta del atolladero en el que se ha metido. Suspiro hondo y deshago mi ridícula escalera. Descarto el nueve y el diez de picas. Tengo que obtener esas mismas cartas, solo que de corazones. Así podré completar una escalera de corazones hasta el rey. Mi oponente solo tiene una escalera de color hasta la reina de diamantes. Lo voy a aplastar, eso está más que claro.

—¡Dos cartas! —digo.

—¿Adónde vas con esas dos piernas izquierdas? —sonríe El-de-la-Derecha.

Finalmente, el Hiena sonrío. Si hago un par de descartes será que las cosas vayan a inclinarse a su favor. En el peor de los casos, se ganará las mil levas que contiene el bote. Me deleito con sus más que previsibles razonamientos y tomo las dos cartas que me ofrece El-de-la-Derecha.

Justo las que necesitaba. El nueve y el diez de corazones. El tipo se figura que puede derrotarme con sus diamantes... ¡Pobre infeliz!

Si quieres asestarle a alguien un mazazo que le haga retorcerse de dolor, ponlo de buen humor

antes de echarle encima el jarro de agua fría —eso me enseñó una vez mi maestro de póquer—.

Por eso hago la finta contraria. El puercoespín finge ser imperturbable. El Hiena pica el anzuelo. Proclama en voz alta:

—¡Quinientas más!

—¡Las triplico! —Apenas oigo mi propia voz.

—¡Y yo vuelvo a triplicarlas!

Estas tres frases se han pronunciado en un intervalo de medio segundo. Son como relámpagos que desprenden chispas divinas que pueden matarte.

—¡Pon la pasta! —digo emulando la voz grosera del Hiena y empujando mis fajos hacia delante —. ¡Aquí está mi dinero!

Jamás ha habido tanto dinero sobre esta mesa. ¡Once mil pavos y pico! El tío Petko está perplejo. El-de-la-Derecha está reclinado en su butaca mirando fijamente la pila de billetes.

—¡Escalera de color! —dice el Hiena.

Suda a mares. De su frente y de su nariz caen gotas de sudor. Ahora puedo permitirme una última burla.

—¡Pagaré por ver tus cartas! —le digo.

Él enseña sus cartas. Yo me preparo para enseñar las mías y recoger el montón de dinero... ¡No puedo dar crédito a lo que ven mis ojos, la sangre se me hiela en las venas, me quedo paralizado!

¡El Hiena tiene una escalera de color hasta el as! ¡Cinco diamantes consecutivos!

Contemplo mis cartas impotente. Mi escalera es tan solo hasta el rey.

¡Tiene que ser un error! ¡No! El-de-la-Derecha sonrío con ternura. Está claro, durante todo este tiempo él y el Hiena han estado confabulados en mi contra.

—¡Chicos, dejad de una vez este juego! ¡Debéis de estar de broma! —masculla el tío Petko.

Ellos callan.

El Hiena empieza a guardar el dinero tranquilamente. Recoge primero los billetes grandes.

Estoy a punto de lanzarme contra los dos gritando: «¡Traidores! ¡Traidores!».

Es inútil. Solo me queda fingir que mantengo cierta presencia de ánimo.

La cabeza me da vueltas, pero me las arreglo para ponerme en pie, abro la puerta a tientas y empiezo a bajar la escalera.

En el apartamento contiguo, alguien tira de la cadena en el baño. Me parece caminar sobre el agua que se derrama.

Ante mis ojos bailotean elegantes corazones y diamantes abrazados. Sé que durante al menos dos horas no podré ver más que cartas. Así me ocurre siempre tras cada partida nocturna.

«En fin... —me digo, como tantas otras veces—. ¡Acabo de palmar cien reportajes!».

Las calles están todavía oscuras. Hoy es domingo. En breve aparecerán los turistas más madrugadores.

—¡Cien reportajes! —me repito a punto de perder la cabeza—. ¡O tampoco!

¿Qué ha pasado? ¡Nada! ¡Nada! ¡El juego no es nada! ¡Yo no soy nada de nada! ¡Nada es nada!

Solo quiero estar con mi mujer. Me la imagino: levantará una vez más la cabeza para recibirme y antes de haberme visto preguntará:

—¿Eres tú?

—¡Soy yo! —responderé en voz alta—. ¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡No te asustes!

Luego me acercaré a ella y le contaré todo... Empezaré por... no sé por dónde... Tal vez ese sea mi primer reportaje, el único no remunerado, el único que no me he jugado a las cartas...

¿Y si ella no estuviese ya? ¿Y si la hubiese perdido a ella también esta noche, u otra noche, o cualquier noche futura?

Enseguida veo la habitación vacía, ninguna carta de despedida, ningún rastro... Tal vez de verdad ella haya...

Corro sin parar.

Paso a paso la distancia va menguando y ahí, muy cerca, me aguarda lo último, lo definitivo...